



T.N. HAWKE

Venerada por su
LOBO

LOS LOBOS DE GREEN VALLEY #3

D.J.57



VENERADA POR SU LOBO

T. N. HAWKE

LOS LOBOS DE GREEN VALLEY #3

ÍNDICE

[Sobre este libro](#)

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1: Pam.](#)

[Capítulo 2: Duncan.](#)

[Capítulo 3: Pam.](#)

[Capítulo 4: Duncan.](#)

[Capítulo 5: Pam.](#)

[Capítulo 6: Adrien.](#)

[Capítulo 7: Duncan.](#)

[Capítulo 8: Pam.](#)

[Capítulo 9: Epílogo I: Pam.](#)

[Capítulo 10: Epílogo II: Pam.](#)

[Sobre la autora: descubre más de sus libros.](#)



Sobre este libro

Copyright © del libro: Marta Guinart Tamarit. Primera edición a través de Amazon KDP, 2019.

Todos los derechos reservados.

Copyright © de la portada: imágenes cortesía de Pixabay. Editada y arreglada por Marta Guinart Tamarit.

Imágenes del interior cortesía de [Pixabay](#). Licencia gratuita sin necesidad de dar créditos para uso comercial.

Este libro está protegido por la Ley de Derechos de autor.

Por favor, no practiques, colabores o promociones la piratería. Respeta a la autora del libro y lee sus trabajos de manera legal, colaborando de esa manera a que ella pueda continuar escribiendo.

La piratería mata cualquier tipo de arte. Y los artistas y escritores tristemente no nos alimentamos de aire.

Si lees el libro, hazlo a través de Amazon. Es exclusivo de esa plataforma por decisión de la autora. Si lo has descargado de otro sitio, entonces se trata de una descarga ilegal. Por favor, evita estos lugares. Los autores dedicamos mucho tiempo y esfuerzo y merecemos que se respete nuestro trabajo.

A nadie le gusta que le roben.

Si estás leyendo este libro a través de Amazon: ¡muchas gracias por tu apoyo! Espero que lo disfrutes y que te haga pasar un buen rato.

Este libro es pura ficción. Cualquier coincidencia con nombres, lugares, o hechos, es totalmente arbitraria.



Agradecimientos

A mi cuñada Marta por su constante apoyo y por siempre ser la primera en leer mis libros: ¡gracias! Me hace muy feliz.

Y a mi hermano Rubén por animarme tanto a perseverar.

Os quiero.



*Para mi padre, Rafa,
aunque nunca lo vayas a leer (y parte de mí se siente aliviada por ello).*

Te quiero.

Tu Tita.



Pam

Estoy asustada. Lo he estado durante mucho tiempo.

Y eso me cabrea.

Si viviésemos en un mundo justo, a mi ex lo habrían metido en prisión hacía tiempo; o al menos la orden de alejamiento habría tenido alguna consecuencia de importancia cada vez que la incumple.

Pero ese no es el caso.

Terrence siempre ha sido un cabrón, y no ha mejorado con los años.

Lo único bueno que ha salido de mi relación con él es Sonya.

La niña, que acaba de cumplir los doce, se aferra al reposabrazos que hay entre las dos con dedos tensos y la cara pálida y ojerosa.

Está asustada, y su miedo me afecta más que el mío propio. Me asusta más que el mío propio, porque el bastardo de su padre biológico se ha pasado toda la vida aterrorizándola.

Si lo hubiese sabido antes de aceptar su propuesta de matrimonio, no sé lo que habría hecho. Pero ahora me alegro de haberlo hecho. De que al menos algo bueno haya salido de todo ese sufrimiento y Sonya ya no esté sola en el mundo.

—Tranquila. No nos encontrará aquí. —Le digo suavemente y ella asiente, pero sé que lo hace más por mí que porque realmente crea que su padre no nos va a encontrar.

Él ha sido una pesadilla para ella toda su vida, y a mí me embarga la rabia cuando lo pienso.

A Terrence siempre le han aterrorizado los Cambiantes, y es por eso, entre otras cosas, que escogí Green Valley como nuestro próximo hogar.

Es una suerte que el cabrón de mi ex accediera en un raro momento de sentimentalismo (o quizá porque Sonya realmente nunca le ha importado mucho y no quería ser el único responsable de ella, quién sabe. No me sorprendería eso de él), cuando acabábamos de casarnos, a que yo adoptara a Sonya como mía ahora que iba a ser su madrastra.

Porque de otro modo no puedo imaginar el infierno en el que la niña tendría

que estar viviendo en estos momentos.

Ni tampoco quiero.

Cuando me casé con él hace más de cinco años, aceptando su propuesta de matrimonio, más por desesperación y porque acababa de perderlo todo gracias a las deudas de juego de mi madre y sabía que iba a acabar en la calle que porque sintiera nada ni remotamente parecido al afecto por lo que, para mí, tan solo era un vecino del mismo barrio con el que me cruzaba de vez en cuando por la calle y que flirteaba conmigo y nada más (y uno además que ni siquiera me resultaba atractivo en lo más mínimo), nunca imaginé que el hombre de apariencia sumisa y amable en realidad podía llegar a ser tal sádico maltratador de puertas para adentro.

Todo había empezado con cosas sutiles: palabras que me hacían sentir como una mierda; “consejos” sobre cómo ser mejor persona, o críticas veladas a todo lo que hacía.

Ninguneos y humillaciones que se guardaba para cuando estábamos solos al principio pero que empezó a hacer incluso cuando estábamos en público, como si le deleitara que la gente me viera tensa y humillada.

Pronto esas pullas se habían convertido en insultos y vejaciones, y, en el mismo instante en el que le vi levantar la mano a Sonya, di gracias a los cielos por haberla adoptado y así poder luchar por su custodia legalmente e interpose una demanda por maltrato y otra de divorcio.

No había sido fácil ganar la custodia de mi hija (y Sonya es mi hija, sin importar lo que su padre biológico diga al respecto. Siempre será más hija mía que suya), pero lo había logrado hacía casi cuatro años después de una dura lucha y gracias a la ayuda de la declaración de una vecina, una compañera de clase de mi hija, y del equipo de psicólogos y abogados en el que me había gastado cada céntimo que había logrado sacarle a Terrence en el divorcio.

Sabía que no podía darle a Sonya una vida de lujos, pero sí de afecto maternal, de compañía y de respeto. Y que eso era lo que ambas necesitábamos: alejarnos de mi ex para siempre. Aprender a amarnos a nosotras mismas.

A vivir siendo libres.

Por supuesto, eso no es lo que él opina.

A pesar de todas las demandas que he interpuesto por amenazas e incluso por un intento de asesinato en el que me había seguido por la calle con un machete en mano, borracho y gritando obscenidades, y solo la intervención de un Cambiante que pasaba por la zona lo había detenido y lo había hecho huir, la justicia lo había dejado libre hacía poco.

Una vez más.

Y él había convertido nuestras vidas en tal infierno que yo no había tenido más remedio que hacer nuestras maletas y coger el coche.

A mi lado, Sonya aparta su mano del reposabrazos y junta ambas en su regazo.

La niña siempre ha sido silenciosa, introvertida y amable, y ambas hemos encontrado muchas cosas en común durante los años que hemos convivido juntas. Pero desde que pasó lo del intento de asesinato ha estado especialmente callada, y eso me preocupa.

—Sonya, cariño. ¿Quieres que paremos en una cafetería de esas que te gustan a tomar algo en cuanto lleguemos?

A mí me duele en el alma verla así.

Durante el último año, en el que tras la orden de alejamiento Terrence había estado más ausente de nuestras vidas después de pasar un breve tiempo entre rejas, Sonya había empezado a abrirse como una bella flor que por fin ve el sol.

Lejos de la sombra de su progenitor.

La niña había empezado a reír más a menudo. A tener intereses y hobbies y a no temer que nadie (y ello hacía una fiereza sobreprotectora en mí alzar la cabeza y rugir como una leona al pensar en ello) la humillara por cualquier mínimo gesto de personalidad.

Por cualquier palabra que decía o por la forma en la que se vestía o incluso por su aspecto físico o su tono de voz.

La influencia dañina y mezquina de Terrence había empezado a desvanecerse poco a poco en ambas, pero especialmente en ella, que había tenido que sufrir a ese hombre durante mucho más tiempo que yo y en una etapa tan frágil e importante como lo era la infancia.

Y a mí me había llenado de alivio, de afecto, de calidez y alegría, el verla así: el verla hacer amigos; el verla descubrir sus gustos literarios, y encontrar series y películas que la entusiasmaban, e incluso desarrollar gustos culinarios propios y atreverse a pedirme o a argumentarme qué tipo de comida debíamos comer ese día (con Terrence jamás se habría atrevido a dar una opinión propia. Ni siquiera en algo así) y descubrir que le gustaban las cafeterías y su ambiente o las palomitas de maíz cuando antes su padre la controlaba incluso en eso y le prohibía cualquier cosa que veía a la niña disfrutar.

Como en cada pequeña cosa de su vida. Terrence la había asfixiado hasta que ella había tenido miedo hasta de hacer preguntas cuando no entendía algo. Miedo a ser humillada y a que se rieran de ella. Miedo a que alguien hiciera

“bromas” sobre su supuesta estupidez aún meses después de que ella se atreviera a decir algo. Como un recordatorio malicioso del poder que tenía sobre su hija, tanto legal como psicológico.

Me duele horrores verla triste y asustada, y me llena de rabia que el mundo no sea un lugar mejor y que personas como Terrence caminen por la calle como si el mundo les perteneciera y tengan derecho a arruinarle la vida a los demás, y que la supuesta justicia no haga nada relevante al respecto; nada que realmente proteja a sus víctimas y haga del mundo un lugar más seguro en el que vivir.

Si yo hubiese tenido un arma a mano y le hubiera disparado a Terrence el día en el que intentó matarme cuando yo salía del trabajo, sería yo ahora la que estaría en prisión, aunque hubiese sido en defensa propia. No él.

Estoy tan llena de rabia que hay días en los que me cuesta tener fe en el mundo.

—No hace falta, mamá. Estoy bien.

Sonya contesta en voz baja al cabo de un rato, como si ella también hubiera estado perdida en sus pensamientos, y mira el paisaje por la ventana fijamente con ojos cansados y tristes que no deberían estar en el rostro de una niña de doce años y yo asiento y no digo nada más, sin saber qué más hacer.

No quiero forzarla y no sé qué hacer para animarla y ayudarla a tener algo de fe en que las cosas pueden mejorar.

Quiero llorar de impotencia.

Esta no es la vida que ella debería vivir.

Siempre huyendo, siempre asustadas, moviéndonos de un lugar a otro y rezando para que Terrence no nos encuentre.

Tengo muchas esperanzas depositadas en Green Valley.

La población del lugar está compuesta de, según he leído, Cambiantes que suman algo más de la mitad de los habitantes, y el resto son humanos que en muchas ocasiones están relacionados con esos Cambiantes mediante alguno de sus familiares Emparejados con ellos, o que han vivido allí durante mucho tiempo.

Allí, la vida es diferente. O eso dicen las Redes Sociales. Los Blogs y vídeos y v-logs y demás que he consultado una y otra vez para hacerme a la idea de si era o no lo que quería para Sonya y para mí antes de dejar que mi instinto me guiara.

He escogido el lugar a conciencia, aunque he de admitir que la paz que he sentido al ver las imágenes y leer las descripciones de la preciosa ciudad ha tenido buena parte de influencia en esa decisión.

Mudar de país no ha sido fácil, pero algo dentro de mí me dice que valdrá la pena.

Una de las psicólogas a las que hemos estado visitando ambas en los últimos años nos habló de la ciudad.

Rania Carry se había convertido en una amiga y confidente más que en una terapeuta, y me habló de una prima suya que se había mudado allí tras Emparejarse con un Cambiante y de lo diferentes que eran estos de los humanos.

Y de cómo el lugar tiene sus propias Leyes y costumbres.

De cómo los castigos a los maltratadores y los abusadores son más duros, y de que el olfato y los sentidos de los Cambiantes son tan difíciles de engañar que el lugar se ha convertido en uno de los más pacíficos del mundo, precisamente porque no se les puede mentir sin que ellos lo sepan, y los criminales no se salen con la suya la mayor parte del tiempo.

De cómo los asesinatos son prácticamente inexistentes y no ha habido violaciones en más de cien años, e incluso entonces los criminales pagaron su crueldad con sus vidas, porque los Cambiantes, a diferencia de los humanos, no toleran esos comportamientos ni sienten más compasión por los abusadores que por sus víctimas, como pecamos demasiadas veces los humanos.

Tengo la esperanza de que Sonya pueda crecer en un lugar así. De que esté a salvo y pueda ser libre y feliz.

De que tenga una protección que yo no soy capaz de darle, siendo solo humana como soy y estando atada de manos y pies por las leyes de mi especie.

Quiero que mi hija nunca tenga que tener miedo de nuevo.

Muchas veces desde que yo era una niña, en mis sueños, me he visto correr por el bosque en la forma de una inmensa Loba blanca que aúlla a los cielos.

Pero eso son solo sueños, y esta es la cruda realidad.

No tengo los sentidos que me permitirían saber cuándo Terrence está demasiado cerca. O si me está mintiendo o persiguiendo. Ni tampoco la fuerza y la capacidad de regeneración que me permitirían enfrentarme a él sin miedo a morir o ganarle en un cuerpo a cuerpo si llegara el caso.

Y además las leyes humanas no están de mi parte en cuanto a la defensa personal mía o de mi hija se refiere, sin importar cuántas veces haya declarado mi ex su intención de matarnos y, aunque muchas veces me he planteado comprar un arma y pegarle un tiro al cabrón y así acabar con todo y dejar que Sonya tenga una vida libre de miedo aunque yo acabe el resto de mis días en prisión, no lo he hecho precisamente por ella.

Porque soy lo único que tiene en el mundo y más de una vez, en las noches

en las que el miedo le produce pesadillas en las que su padre siempre es el protagonista que le hace daño, me ha suplicado que no la abandone.

Su madre biológica se suicidó cuando la niña tenía tres años. Y ni siquiera sé si tiene más familia biológica porque, si es que la tiene, jamás se han interesado por su bienestar.

—Estamos llegando. —Le digo a mi hija forzando una sonrisa.

Sonya hace el esfuerzo de parecer animada, y yo trago saliva y aprieto mis manos sobre el volante.

Me entran unas ganas tremendas de arrancarle la garganta a mordiscos al hijo de puta de mi ex. Pero eso es algo con lo que lidio día sí y día también en mayor o menor medida.

Las ganas siempre están ahí. Bullendo bajo mi piel.

Aún recuerdo el día en el que vi a ese cabrón como lo que realmente era: como un maltratador.

Era domingo y Sonya y yo estábamos pintando en la mesa del comedor.

La niña, ya desde chiquitina, adoraba pintar, pero era algo que solo me contaba a mí como si fuese un secreto porque decía que a su padre no le gustaba que ella hiciera “tonterías que no eran productivas”.

Así que yo, sintiéndome determinada a que mi nueva hija adoptiva pasara un día feliz haciendo aquello que la hacía sonreír, compré pinturas y pinceles con el poco dinero que tenía en el bolsillo.

Con mi sueldo de cajera en el supermercado local a tiempo parcial no ganaba mucho, pero ese era el único trabajo que había podido conseguir después de lo de mi madre.

Cuando Terrence llegó a casa y Sonya lo escuchó entrar por la puerta, los hermosos ojos marrones de mi hija, que solo momentos antes habían estado llenos de luz mientras pintaba alegremente el papel llenándolo de casitas y soles y flores con sus pequeños dedos, habiendo dejado a un lado el pincel entre risas mientras yo la animaba a hacer aquello que la hiciera expresarse mejor, se apagaron como si toda la luz, toda la felicidad, y toda la libertad que solo instantes antes habían relucido en ellos muriesen en ese instante.

Vi su sonrisa desaparecer. Sus ojos llenarse de miedo y aprensión, como si esperase ser castigada por algo tan simple como pintar. Por disfrutar de algo tan inocente y que la hacía tan feliz.

Vi su cuerpo encogerse sobre sí mismo como si el miedo estuviese escrito en cada uno de sus huesos. Como si hubiera sucedido tan a menudo que su pequeño cuerpo reaccionaba a la situación de manera instintiva: intentando encogerse

sobre sí misma. Intentando hacerse desaparecer para no ser notada.

Tratando de no llamar la atención de su padre.

De su ira calma y aparentemente racional que siempre metía el dedo en la herida y lo retorció para causar dolor, sintiendo satisfacción por ello cuando nos veía aguantarnos las lágrimas.

De sus, hasta entonces, suaves palabras repletas de regaños, recriminaciones, críticas disfrazadas de consejos y constantes humillaciones que yo pensaba que iban solamente dirigidas a mí. Que habían empezado como algo sutil y casi indetectable y poco a poco se habían hecho dueñas de mi vida.

De la diversión y la alegría mezquina que podía verse en los ojos de mi ex cuando lograba que nosotras nos sintiésemos heridas, que agachásemos la cabeza o que llorásemos debido a sus palabras e insinuaciones crueles.

Solo en ese momento me di cuenta de lo que había estado haciendo Terrence con nosotras. De cómo poco a poco nos había estado hundiendo. De cómo su presencia en la casa nos apagaba, nos encogía y nos arruinaba.

De cómo él nos robaba todo rastro de libertad, felicidad o amor propio y nos llenaba de aprensión y de miedo.

Ese mismo día le dije a Terrence que iba a solicitar el divorcio y la custodia de Sonya, a la que él había admitido más de una vez mediante insinuaciones insidiosas que no quería y que solo mantenía en su casa por obligación y porque era “demasiado buena persona” como para no encargarse de su propia hija.

Como si Sonya fuese una carga y un sacrificio en vez de una niña a la que él, además, se dedicaba a atormentar de maneras sutiles y crueles.

En ese momento ya no pude más, y cualquier atisbo de agradecimiento que sentía por el hombre que evitó que yo acabara en la calle mendigando cuando había estado en una situación desesperada murió allí mismo.

Había dejado que él me controlara. Que él me manipulara, me anulara y me quitara mi libertad poco a poco, y ni siquiera me di cuenta de ello hasta ese momento. Había dado por sentado que él quería a su hija cuando no era así.

Sí, había habido días en los que me había sentido mal e incómoda y furiosa con él y con sus críticas, pero me decía a mí misma que él no era una mala persona, que seguro que yo estaría siendo exagerada, acostumbrada como estaba a vivir sola desde los dieciocho después de que mi madre se largara con su nuevo hombre de turno a gastarse todo su dinero en los casinos locales y yo tuviese que ponerme a trabajar para sobrevivir.

Y me había equivocado.

Terrence se había introducido en mi mente tan poco a poco como el gusano

que era y había logrado que dudara hasta de mí misma.

El hombre humano había conseguido que parte de mí siempre estuviera ansiosa a su alrededor y le tuviese miedo, que me juzgase duramente a mí misma y me culpase por errores nimios que a veces ni siquiera eran errores hasta que él insinuaba lo contrario con sus comentarios malévolos y los convertía en ello.

Cosas estúpidas, como no dejar los cubiertos en el lugar que él prefería o fregarlos y después secarlos con el trapo como a él le gustaba se habían transformado en cosas que me llenaban de tal ansiedad que a veces era inaguantable pensar en ello. Porque sabía que si no hacía las cosas como él quería los comentarios y las pullas no tardarían en llegar.

Y en el momento en el que vi a Sonya apagarse como una brillante estrella moribunda, la rabia que me embargó fue tal que tuve que contenerme para no saltarle al cuello.

En la discusión que siguió, después de que él hiciera uno de sus *comentarios* y yo le plantara cara, cuando Sonya se atrevió, por primera vez en su vida, a decir lo que pensaba del comportamiento de su padre, a decirle que tenía derecho a ser feliz y a que la dejara vivir en paz, la cara falsamente afable de Terrence se contorsionó de rabia y se atrevió a levantarle la mano *a mi hija*.

Si no fuera porque los vecinos llamaron a la policía al escuchar el jaleo y estos se llevaron a Terrence a la comisaría a hacerle preguntas y a darle una advertencia que no sirvió de nada, yo no sé lo que habría hecho.

Lo que sí hice fue interponerme entre él y Sonya.

Y desde entonces jamás he tolerado que se le acercara o que intimidara a mi pequeña.

Pero ahora que él ha salido de la cárcel después de cumplir su pena, la pesadilla ha empezado otra vez.

El mismo día en el que él había salido libre, yo había recibido un mensaje de texto, e instantes después había tenido que correr a la escuela de mi hija porque un hombre que afirmaba ser su padre se la había intentado llevar.

Jamás había tenido tanto miedo en mi vida.

Ni siquiera el día en el que pensé que iba a morir cuando Terrence empezó a seguirme machete en mano diciendo que me iba a matar.

Y, tras llegar a la escuela gracias al aviso de una de las profesoras, que gracias a los cielos había estado enterada de todo el asunto, la manera en la que él me miró antes de largarse para que la policía no lo pillase allí me lo dijo todo: él jamás nos dejaría vivir en paz hasta el día de su muerte. O la nuestra.

Para él, nosotras éramos su propiedad.

Y nada más.

Y el que le hubiésemos plantado cara y lo hubiésemos echado de nuestras vidas era algo de lo que tenía planeado vengarse.

Tras ese incidente, nos mudamos de ciudad.

Pero él nos siguió hasta allí. Nos encontró.

No sé cómo pero lo hizo.

Quizá gracias a las Redes Sociales. O a que alguien le chivó dónde estábamos a pesar de nuestras insistencias, tanto de Sonya como mía, de que no le dijeran nada.

No lo sé.

Pero me lo encontré caminando calle abajo en nuestro nuevo barrio con la mano metida en el bolsillo y los ojos llenos de malicia y volví a hacer las maletas.

—Mamá. —Sonya rompe el silencio con su voz llena de curiosidad y yo le sonrío con amor intentando animarla a hablar sin palabras. —¿Crees que habrán muchos Cambiantes en mi nuevo colegio? ¿Crees que les gustaré?

Esa es una pregunta que ya ha hecho varias veces y de la que hemos hablado con anterioridad. Pero sé que está ansiosa y que necesita asegurarse de que todo va a ir bien.

—Estoy segura de que a los Cambiantes que vayan a tu nuevo colegio les encantarás. Seguro que haces nuevos amigos, no te preocupes.

Su boca se tuerce en una mueca preocupada y yo me pregunto si lo estoy haciendo bien. Quizá no debería mencionarle lo de los amigos y decirle que no importa si a la gente ella les gusta o no, pero esa respuesta tampoco ha tenido un buen efecto en ella anteriormente.

Sé que mi niña tiene muchas inseguridades y que todas ellas provienen de la misma fuente: Terrence.

El hombre logró meterle la idea en la cabeza de que ella era defectuosa y de que a nadie realmente le gustaría de verdad nunca ser su amigo. De que nadie la querría jamás.

Yo rechino los dientes con furia al pensar en él.

Hemos estado yendo a terapia varios años, pero su sombra aún persiste en ambas.

Especialmente en mi Sonya.

—¿Y qué pasa si no les gusta? ¿Y si hay algo raro en mi olor? He visto un vídeo en el que un chico decía que los Cambiantes podían saber si eras una buena persona o no por el olor.

—Y tú eres una maravillosa persona. —Le digo, como ya le he dicho incontables veces y como sé que le continuaré diciendo durante mucho tiempo hasta que ella misma se lo crea. —Así que no vas a tener problemas.

—Quizá. —Responde Sonya en voz apenas audible y vuelve a mirar por la ventana con ojos cansados.

Yo aprieto tanto las manos sobre el volante que me duelen. Me imagino estrangulando a Terrence con ellas y eso me calma un poco.

Ese cabrón tiene tanto por lo que responder.

—Mira. —Digo intentando aligerar el ambiente. —La ciudad ya se puede ver.

Estamos en una carretera de montaña y desde sus alturas se puede ver la ciudad de Green Valley en toda su gloria.

Es preciosa. Como de cuento de hadas.

Se extiende a lo largo y ancho de la costa de un hermoso lago en que sé que será maravilloso pasar el día, ya sea navegando (aunque nunca lo he hecho. Y solo he montado en un barco aquella vez que llevé a Sonya y a una amiga suya a uno de esos trayectos con barcos con fondo de cristal ya que a mi hija le hacía ilusión ir), o sentándose en la terraza de un café a contemplar las vistas.

No sé por qué, pero me inspira paz.

A mi lado, Sonya se remueve en su asiento y observa la ciudad con ojos grandes y brillantes y la veo sonreír por primera vez en días.

—Es muy bonita, mamá. —Me dice, y yo me siento responder a su sonrisa con una propia, contagiada por su súbito entusiasmo. —Es más bonita en persona que en foto o vídeo.

—¿Verdad que sí?

Hablamos durante un rato de lo mucho que nos gustaría visitar esos cafés que a ambas nos encantan. Con sus sillones y sus mesas bajas y su música de jazz. Y decidimos buscar algunos en Internet para cuando tengamos tiempo de explorar la ciudad.

—Y tiendas de ropa. —Añade Sonya con una mirada suplicante. —¿Podemos, mamá?

No tengo mucho dinero. Comprar este viejo coche se ha llevado la mayoría, y el alquiler de la casa a las afueras a la que nos estamos mudando casi todo el resto.

Pero, aunque sé que debería preservar lo que nos queda de nuestros ahorros para comprar comida y pasar el mes hasta que encuentre trabajo o logre sacar el resto de mis ahorros del banco, no puedo negarle nada a Sonya cuando lo pide

así.

Pide tan poca cosa que cuando lo hace es casi un milagro.

—Por supuesto que sí. —Le digo con afecto. —Seguro que encontramos tiendas geniales. Y he leído que en el centro de la ciudad hay algunas marcas bastante conocidas. Y tiendas vintage de las que te gustan a ti.

A Sonya se le ilumina la cara de la emoción y yo no puedo evitar pensar que ojalá pudiese darle más. Ojalá pudiese verla así de feliz siempre.

La verdad es que a mí también me encanta ir de compras. Y la moda.

Pero tras treinta y nueve años vividos siempre al borde de la bancarrota, esos son lujos que no me permito a menudo.

Mi armario se compone de piezas de ropa que llevan años conmigo y que han visto días mejores, o de cosas encontradas en tiendas de segunda mano.

Lo que tengo para extras procuro siempre gastármelo en cosas que Sonya necesita, tanto para sobrevivir como para ser feliz: salidas con sus amigas, un día en el cine las dos juntas, ropa nueva,....

Sonya no deja de sonreír ilusionada y mi corazón se aligera y se llena de alivio.

El día parece más alegre y más tranquilo.

—Pero primero tenemos que ver la casa y dejar todas nuestras cosas. —Me dice mi Sonya.

Responsable hasta la médula. A veces más que yo.

Yo asiento dándole la razón.

No tenemos muchas cosas, y la mayoría han cabido en las tres maletas y algunas bolsas que llevamos repartidas entre los asientos de atrás y el maletero.

Hemos tenido que dejar los muebles y lo más pesado atrás porque no podía permitirme pagar el camión de la mudanza.

Pero eso es algo de lo que podemos reponernos. Y la casa a la que vamos, por suerte, está ya amueblada.

Poco a poco, me digo a mí misma, prometiéndome que haré mi mejor esfuerzo para que mi hija pueda tener una vida feliz y plena y que nunca le falte de nada.

—Mira mamá, ¡un Oso! Es enorme.

Sonya me señala excitada a un lado del camino y a mí casi me da un ataque al corazón cuando veo a un Oso que es tan grande que no puede ser un animal normal cruzar la carretera tranquilamente tras esperar a que nosotras pasemos con el coche.

El corazón me late a toda prisa, pero empiezo a reírme cuando Sonya suelta

una carcajada de emoción.

—¡Era un Oso! ¿Mamá, crees que era un Cambiante? —Pregunta excitada y dando saltitos en el asiento del copiloto, y yo le sonrío ampliamente y asiento, compartiendo su excitación.

El Cambiante que me salvó cuando Terrence intentó matarme lo hizo en su forma humana, así que nunca he visto uno en persona en su forma animal. Y, aunque sí que he visto vídeos, películas o fotos, no es ni de lejos lo mismo.

—Creo que sí. Era inmenso, ¿verdad?

Me siento extrañamente optimista.

Es la primera señal de que hemos cruzado la frontera hacia un lugar en el que la magia antigua todavía existe. Un lugar que espero que sea un hogar para nosotras.

El resto del mundo y sus preocupaciones parecen muy lejanos en ese momento. Y Terrence con ellos.

Esta es una nueva vida para nosotras.

Y tengo la sensación de que va a ser una maravillosa.

—¿Está usted seguro? ¿No puede simplemente enviarme los papeles para que los firme y ya está?

Si mi tono suena menos amable del que debería, es porque ya he perdido la paciencia y el buen ánimo.

—Seguro, señora Cruz. Lo lamento mucho. Le aseguro que no es nuestra intención causar molestias.

Yo rechino los dientes y me aguanto un resoplido de irritación y desconfianza.

—Muy bien, pues. Estaré ahí mañana.

El hombre se despide y yo cuelgo el teléfono con enfado.

No puedo creer que me vayan a hacer moverme hasta otra ciudad para firmar unos malditos papeles.

¿No podrían enviarlos por fax?

Pero, no, al parecer, debo hacerlo en persona.

El hombre lo ha dejado claro.

El trámite ni siquiera es algo que debería tener importancia.

Al parecer, debo personificarme en la sede de mi banco en la ciudad más

cercana a Green Valley, que está a más de dos horas de viaje en coche cruzando la carretera del bosque, solo porque ellos lo quieren así.

Están poniendo todas las trabas que pueden para no dejarme acceder al resto de mis ahorros, que ingresé en una cuenta que supuestamente iba a darme beneficios si lo dejaba ahí parado seis meses.

Oh. Y me ha dado beneficios.

Veintisiete céntimos en total.

Capullos.

No debí de haber confiado en la mujer que me vendió el cuento de ser inversionista.

Aspiro una bocanada de aire y trato de calmarme.

Mi hija y yo ya llevamos en Green Valley tres días, y la verdad es que nos va increíblemente bien.

Sonya está más relajada, más tranquila, y más ilusionada con el tema de los Cambiantes y con vivir aquí de lo que la he visto jamás estar por cualquier otra cosa.

No deja de decirme que el lugar se siente como estar en casa.

Y lo cierto es que tiene razón.

Yo también lo siento en mis venas.

Como si algo dentro de mí hubiera estado esperando el momento de vivir en este lugar. De poder pasearme en sus calles de edificios y casas blancas y de sentarme en sus numerosos y frondosos jardines y en sus cafés de estilo vintage.

Ya nos hemos enamorado del lugar y lo sentimos como nuestro. Algo que nunca nos ha pasado a pesar de todas las veces en las que nos hemos tenido que mudar.

Hay algo mágico aquí, algo especial.

Algo que te hace sentir que los problemas y crueldades del mundo no tocan ni emponzoñan las verdes praderas y las azules montañas entre las que está acurrucada Green Valley, como una ciudad de cuento de hadas en la que las fábulas se hacen realidad.

Sonya y yo vivimos en los márgenes que separan el territorio de los Osos del de los Lobos y, a pesar de lo que las leyendas y cuentos humanos dicen de estos dos depredadores Cambiantes, lo cierto es que jamás nos hemos sentido más a salvo que ahora.

Hay algo en el ambiente que se cuele bajo la piel y te hace sentir que estás protegida y que ningún mal puede tocarte en este valle.

Y lo cierto es que, después de la vida que hemos tenido, semejante alivio es

algo nuevo y maravilloso para nosotras.

Suspiro mientras cojo mi taza de café y sonrío al ver a mi hija sentada en el columpio del jardín delantero hablando con la hija de los vecinos, de la que se ha hecho amiga en tan solo un par de días.

Me hace tan feliz verla comportarse como la niña que es. Tener amigas y estar ilusionada y que el miedo vaya abandonando sus ojos poco a poco.

La casa en la que vivimos es más grande de lo que podríamos habernos permitido nunca en cualquier otro lugar, pero aquí los precios de las viviendas son más asequibles. Cosa que me sorprendió en su momento.

Así que por eso no dudé en alquilarla.

Eso, y que ambas nos enamoramos del lugar en cuanto vimos las fotos en la Web de la inmobiliaria.

Tiene dos plantas, como es usual aquí, y su fachada está pintada del típico blanco de la zona y tiene el tejado verde y azul que es tan común en la ciudad.

La planta baja tiene una entrada con un banco de madera y percheros de metal con forma de cabezas de animales que a mi hija le han hecho mucha gracia y, a su izquierda, hay una cocina a la que se accede por un par de puertas dobles de cristal estilo francés decorada con muebles blancos de estilo vintage evidentemente restaurados, una encimera de madera y un gran ventanal que mira hacia el verde jardín delantero.

La cocina es más grande de lo que solía ser el apartamento en el que vivía a mis veinte en su totalidad; lo suficientemente grande, de hecho, como para que quepan una mesa blanca redonda con sillas a juego.

Al otro lado de la entrada, justo en frente de la cocina, está la zona de salón y comedor, también amueblada en el mismo estilo: entre nórdico vintage y bohemio. Con piezas de ratán y madera natural y muebles de madera pintados de blanco.

Y cruzando el pasillo iluminado por una puerta de cristal al final del mismo que da al jardín trasero, están el aseo y la escalera que da a la planta alta, con escalones de madera restaurada.

Ni siquiera puedo creerme todavía que haya sido capaz de permitirme el lugar, y además pagando incluso menos de la mitad de lo que pagaba en nuestro último apartamento en la ciudad.

Mi hija está enamoradísima de nuestro nuevo hogar, y en especial de su dormitorio.

Es lo bastante amplio como para que quepa una cama doble, un gran escritorio, un par de mesitas y una cómoda. Y tiene además una puerta que da a

una pequeña habitación con una diminuta ventana que es claramente un vestidor. Algo que nunca habríamos soñado con poder permitirnos.

Mi dormitorio es muy parecido, solo que además tiene un baño propio con una ducha y el vestidor es más grande.

Y mi hija ya ha hecho suyo el baño completo que separa nuestras habitaciones poniendo en él su cepillo de dientes y su crema de rostro favorita, y hemos decidido que la tercera habitación, que a diferencia de las otras dos está vacía, será una librería compartida por ambas.

Ya hemos hecho planes para, en un futuro, poner estanterías en una de las paredes y un cómodo sillón con reposapiés junto a la ventana.

No podríamos estar más contentas con nuestro nuevo hogar.

Tanto es así, que hemos hablado de poder comprarla en un futuro cuando yo encuentre trabajo y si podemos permitirnoslo.

Al fin y al cabo, como dice Sonya, soñar es gratis y de ilusiones se vive.

La escucho reír por algo que su nueva amiga ha dicho mientras se turnan en el columpio y una sonrisa automática curva mis labios en respuesta.

La alegría se desvanece un poco cuando pienso que voy a tener que pasar más de dos horas en coche (y otras más de dos horas de vuelta) para ir a hacer unos trámites que quién sabe cuánto de mi tiempo consumirán.

Pero no puedo posponerlo.

Necesitamos ese dinero urgentemente.

Todavía ni siquiera me he puesto en serio a encontrar trabajo, ya que he estado demasiado ocupada y estresada con la mudanza.

Con un suspiro irritado, me acabo el café y dejo la taza en el fregadero.

Saliendo por la puerta de cristal de la cocina que da al jardín delantero, pienso en qué decirle a mi hija.

No me gusta la idea de dejarla sola en la casa aunque sea solo durante un día y vaya a volver a la noche como muy tarde y sepa que ella es una niña responsable y cuidadosa, pero también sé que se va a molestar si tiene que dejar a su nueva amiga atrás para pasar un aburrido día conmigo metida en el coche otra vez y luego haciendo papeleos.

—Sonya, hija. —Llamo.

—¡Hola, mamá!

—Hola, señora Cruz.

Yo les sonrío a ambas chicas.

Kate tiene once años, un año menor que Sonya, pero la niña ya es casi más alta que yo.

Su cara ancha y pecosa es amigable y cálida y en cuanto la vi me inspiró confianza y supe que sería una buena amiga y una buena influencia para mi niña.

Mi instinto me dice que es del tipo de personas que llevan su corazón en la manga, inocentes y bonachonas, a pesar de que tan solo nos acabamos de conocer.

Sospecho que, además, es una Cambiante de Oso. Sobre todo por el hecho de que viene desde el bosque, que descubrimos en Internet que era territorio de los Osos, por las mañanas a jugar con mi Sonya, y que dice que ella vive ahí con sus padres y su tía y abuelos.

Curiosamente, no siento alarma alguna al pensar en que esta niña probablemente pueda convertirse en un animal que es casi más grande que mi coche.

Es curioso cómo tanto Sonya como yo nos sentimos seguras a su alrededor. Y las niñas ya casi son uña y carne aunque se conozcan desde hace solo unos días.

Suspiro sabiendo que, aunque Sonya sea de normal razonable y tranquila, no le va a gustar nada lo que tengo que decir.

Al fin y al cabo, solo es una niña. Y no puedo, ni debo, esperar que tenga siempre reacciones de adulta madura que a veces ni yo misma tengo.

En cuanto le explico la situación, tanto ella como su nueva amiga ponen cara de tristeza.

—¿Y no puedo quedarme aquí? Solo va a ser un día y aún nos queda pizza de anoche, así que no necesitas ni siquiera dejarme algo que comer. Me las puedo apañar sola.

Estoy muy tentada a decirle que sí, pero no me atrevo a dejarla sola a pesar de lo muy seguras que nos sentimos ambas en el lugar.

Terrence aún sigue suelto y una parte de mí siempre tendrá miedo de que él se presente aquí y nos haga daño.

Pero, sobre todo, de que le haga daño a Sonya.

—Aún eres muy joven para quedarte sola en casa. —Le digo intentando convencerla, pero puedo ver la obstinación en sus ojos.

—No estoy sola, Kate se quedará conmigo aquí en la casa. —Dice, y se gira hacia su amiga. —¿A que sí, Kate?

La otra niña asiente y yo contengo una sonrisa.

Son adorables, pero siguen siendo menores.

—Eso es muy amable por tu parte, Kate, pero aun así no es posible que os quedéis solas sin la supervisión de un adulto. Lo siento.

Ambas protestan audiblemente, pero yo no puedo hacer otra cosa por mucho

que quiera que mi hija se quede con su amiga a jugar y disfrutar del día.

Escucho un carraspeo a mis espaldas y me giro, sobresaltada.

Hay una mujer parada en el camino que lleva hasta la casa. Es enorme. Mucho más grande que Kate.

Alta, de huesos anchos y brazos musculosos.

Y tiene las mismas pecas y el mismo pelo marrón que Kate, también.

No es difícil ver que son familia.

—Si no te importa, yo podría quedarme con ambas. —Dice con una voz firme pero inusualmente suave que contrasta vívidamente con su aspecto de motera dura.

—Oh. Bueno. —Respondo yo sin saber qué hacer con la situación.

—Perdona. —Dice ella riéndose entre dientes y se acerca hasta poder extenderme la mano, que yo cojo con la mía respondiendo al apretón. —No me he presentado. Soy Nina Bear, la tía de Kate.

Bear. Una Osa. Así que yo estaba en lo cierto.

Yo asiento y nos introduzco tanto a Sonya como a mí, y Kate saluda con entusiasmo a su tía. Se nota que se quieren mucho entre ellas con ese simple gesto.

—Mi tía es genial, señora Cruz. —Dice Kate con ojos esperanzadores. —Y además es una adulta.

A mí me enterece que quiera que Sonya se quede con tantas ganas.

—Venga, mamá, porfa. Deja que me quede aquí, prometo portarme bien.

—¿Seguro que no le importa? —Le pregunto a Nina.

Aún dudo. Sospecho que quizá nunca me sentiré muy cómoda dejando a Sonya sola, pero también sé que tengo que aprender a vivir sin el miedo que nos ha acompañado siempre tarde o temprano.

Nina afirma que de todas maneras tenía pensado invitar a Sonya a pescar en el río ese día con ellas y yo, al ver la cara ilusionada de mi hija, me doy por vencida y doy mi consentimiento para ello.

Las dos niñas se alejan sonrientes al interior de la casa para recoger una muda de ropa y las botas de agua de Sonya y yo me giro con un suspiro y una mirada de agradecimiento hacia la Cambiante de Oso.

—Gracias. —Le digo.

Es extraño que no haya siquiera una parte de mí que se sienta en peligro con esta mujer o su sobrina, y quizá por ello mi mente se centra en ello.

En que me siento segura dejando a Sonya en sus manos y sé que, cuando yo regrese de los trámites, mi hija estará sana y salvo y además habrá pasado un día

maravilloso junto a su nueva amiga.

Nina sonríe ampliamente y hace un gesto con la mano restándole importancia.

—No te preocupes. Sonya parece encantadora.

A mí me llena de orgullo oír eso.

—Lo es.

Durante el tiempo que las niñas tardan en coger todo lo que necesitan o quieren de la casa (la ropa y botas, los restos de la pizza de anoche y el cuaderno de dibujos de Sonya, que casi siempre se lleva a todas partes), me descubro hablando con esta mujer Cambiante como si hubiéramos sido amigas durante años.

Nada muy personal, pero es fácil hablar con ella. Tiene un aura muy tranquila y cordial, pero también muy firme.

Fuerte y confiable son las palabras que me vienen a la mente.

Una vez las tres desaparecen por el camino que lleva al territorio de los Osos entre los árboles, yo pongo rumbo hacia el banco usando mi móvil como GPS.

Llevo más de una hora en la carretera que atraviesa el extremo noroeste del territorio de los Lobos cuando escucho el disparo.

Es cuando pierdo el control del auto cuando me doy cuenta de que alguien le ha disparado a una de mis ruedas y, si no fuera por mis rápidos reflejos, s  que muy probablemente habría muerto al despe arme por uno de los barrancos o al chocar contra un  rbol.

Una vez he logrado detener el coche con ayuda del freno de manos y mientras estoy recuper ndome del shock y del daño que el parón en seco del coche le ha hecho a mi nuca y a mis hombros (y menos mal que llevaba puesto el cinturón de seguridad), escucho un segundo disparo.

Esta vez rompe una de las ventanillas de atrás y yo grito, aterrorizada, cuando el cristal estalla y llena el interior de trozos cortantes y afilados.

Cada vez más asustada, me quito el cinturón a toda prisa y salgo del coche dando tumbos, sabiendo que necesito ponerme a cubierto y que el coche no me ofrece ninguna protección.

Estaba a descuento porque los pestillos de seguridad del interior no funcionan, y yo me maldigo por no haber pensado en arreglarlos antes de poner rumbo a Green Valley.

Estaba mucho más preocupada por alejarme de Terrence. Pero parece que el cabrón me ha encontrado.

Los disparos provienen del lado del asiento del copiloto, así que yo corro

hacia el otro lado en cuclillas como puedo, con las manos temblándome y el miedo en el cuerpo, y me refugio tras los árboles rezando para que el coche que hay entre yo y mi atacante me sirva de protección y por tener cobertura en el móvil o que alguien haya escuchado el retumbar del arma y haya avisado ya a la policía.

Joder. Joder. Joder.

Los disparos han parado, pero sé que el cabrón todavía está ahí. Esperando su momento.

Puedo ver su coche parado a un lado del camino a unos quinientos metros de donde ha ido a parar el mío, medio escondido entre los árboles.

—¡No te puedes esconder para siempre, puta!

Me arde la sangre de furia cuando le escucho gritar.

Debe de estar escondido entre los árboles esperando a que yo esté de nuevo a la vista. Mi única suerte es que nunca ha tenido puntería.

A mí me late el corazón de manera tan frenética que casi me parece que me va a dar un ataque.

Estoy segura de que el único motivo por el que no se ha acercado a matarme es porque está acojonado que yo también tenga un arma y le pueda herir.

Lo que me parece de lo más preocupante y extraño es que haya logrado colar su pistola en Canadá. Aquí las armas de fuego no son fáciles de conseguir y la frontera no es tan estricta como la nuestra pero sí que tiene muchos controles y mucho papeleo.

Dudo que le hayan dejado pasar sin más, así que debe de haberla conseguido estando aquí.

Y también me acojona el hecho de que haya logrado encontrarnos.

Maldigo mi suerte y la suerte que ha mantenido vivo a ese hijo de puta.

¿Por qué no se muere de una maldita vez y nos deja en paz? Si el karma existiera, al cabrón ya le habría llegado su hora hace años.

—¡Sal de ahí, zorra! ¡No puedes esconderte para siempre! ¡Tarde o temprano te volaré los sesos!

Yo aprieto los dientes y vuelvo a mirar la pantalla del móvil una y otra vez esperando a que por fin haya cobertura e ignorando sus insultos y amenazas, que una vez empiezan no cesan de volverse cada vez más ofensivos y brutales.

Al menos, mientras él siga hablando podré (ojalá) notar si se me está acercando o no por la intensidad de su voz.

Estoy tan nerviosa que a pesar del frío de otoño no dejo de sudar y tengo ganas de vomitar.

Mierda. Mierda. Mierda.

La situación me frustra tanto.

Si tuviese alguna forma de defenderme, de hacerle pagar por todo lo que nos ha hecho. De no tener miedo a sus armas de fuego...

Joder.

Es entonces cuando escucho el aullido.

La parte racional de mi cerebro me dice que debería helarme la sangre.

Es un sonido visceral, rabioso, terrorífico.

El aullido de una bestia que está de caza.

Pero, sin embargo, el sonido logra todo lo contrario: el miedo desaparece de mi cuerpo y empiezo a respirar con mayor tranquilidad.

Algo me dice que mi caballería está de camino y que pronto los días de Terrence llegarán a su fin.



Duncan

El bosque está tenso.

Lo siento en cada hueso de mi cuerpo. En cada músculo.

Es como una pesadez que se asienta sobre mi cuerpo y presiona contra mis nervios y sentidos.

La agonía es diferente de la habitual, pero parecida.

Y yo sé que tiene algo que ver con mi Compañera y mi espina duele cuando una corriente eléctrica nerviosa la recorre.

Mi cuerpo de Lobo aúlla a los cielos pero, en vez del habitual aullido de soledad, de mi pecho surge un sonido de pura agonía.

Mi Compañera está en peligro.

Lo siento en el aire. En mis huesos. En mi espíritu.

Y está cerca.

Ella está cerca y me necesita.

Mis patas están corriendo antes de que mi cerebro pueda dar la orden. Mis zancadas se comen el terreno a pasos agigantados.

Estoy cerca.

Cuando irrumpo en el claro del bosque con la rabia y preocupación en mis venas, solo hay un pensamiento en mi mente: proteger.

Proteger y eliminar cualquier peligro que se atreva a acercarse a ella.

En esos momentos no soy hombre, ni animal: soy bestia.

Y mi bestia tiene sed de sangre.

Escucho el grito de terror de un hombre humano seguido de un disparo más que sentirlo cuando atraviesa uno de mis hombros.

Saltando a la carretera e interponiéndome entre mi Compañera y su agresor revelo mis dientes, largos y afilados como cuchillos, y veo al hombre humano gritar de nuevo y correr con los ojos abiertos de pánico y la cara pálida y sudorosa.

Pretende llegar hasta el SUV que tiene aparcado unos quinientos metros de donde se encuentra, pero no lo hará a tiempo.

Una vez desvió mis ojos lo suficiente como para asegurarme de que mi Compañera sigue a salvo parapetada tras un árbol, me abalanzo sobre el hombre.

Si cree que va a salirse con la suya en tierras de mi manada va a descubrir su error muy pronto.

Aquí las leyes humanas no lo protegen.

Mis dientes se hunden con facilidad en su brazo y sacudo mi cabeza antes de lanzarlo contra un árbol violentamente.

Sus huesos crujen al chocarse contra la dura madera y a mí me resulta un sonido muy satisfactorio.

Una vez me aseguro de que no se mueve y de que no va a causar más problemas, me acerco al lugar en el que esconde mi Compañera con preocupación.

Puedo oler su miedo y su alivio por mi presencia, y sé que ella también siente en sus venas la llamada; el vínculo que nos une.

El Destino.

Verla así: encogida sobre sí misma para ocupar el menor espacio posible, con los ojos llenos de lágrimas y la rabia y el miedo en su mirada, me hace querer abalanzarme contra su agresor una vez más e hincarle mis dientes en su tierno y frágil cuello humano, pero algo me detiene.

Algo me dice que mi papel en esto ya se ha cumplido. Por ahora.

Sé que mi prioridad es el bienestar de mi Compañera, y en eso me centro.

Cojeando ahora que la adrenalina empieza a desvanecerse y comienzo a notar el dolor de la herida, me acerco a ella con cuidado.

Aunque sea mi Predestinada, ello no implica que no pueda tenerme miedo, y el pensamiento de que ella pueda estar asustada de mí me retuerce las entrañas.

Jamás le haría daño en ninguna de mis formas.

Pero, para mi total alivio, ella no parece tener miedo de mí a pesar de la sangre que gotea de mi hocico.

Mi valiente Compañera da un paso hacia a mí y pone su mano sobre mi hombro para después alejarla con rostro angustiado.

—Estás herido. —Veo el miedo por sí misma ser sustituido por la preocupación por mi salud y algo dentro de mí se llena de calidez por esta mujer que acabo de conocer y sin embargo mi alma reconoce como si siempre hubiéramos estado el uno junto al otro.

Como si hubiera esperado toda una vida hasta encontrarla de nuevo.

Es curiosa, esta sensación de familiaridad, de pertenencia, que jamás he sentido con nadie. Ni siquiera con mis hermanos.

Ella es mi hogar. Mi cordura. Mi Compañera.

Me asalta una visión en esos momentos. Mis ojos vagan por el mundo espiritual mientras la veo en el físico quitarse la chaqueta y la camisa y partir el blanco tejido en trozos con manos nerviosas para intentar vendar mi hombro.

Nos veo a los dos, juntos, en forma de Lobo y corriendo por el bosque. Libres y salvajes. Entrelazados en espíritu y cuerpo y completándonos el uno al otro.

Cazador y Cazadora.

Cazadora y Cazador.

El bosque canta para nosotros y nuestros aullidos de alegría resuenan entre sus altos y venerables árboles como una canción en perfecta armonía.

Cuando mis ojos se enfocan de nuevo en el mundo real, veo a mi Compañera, con las manos llenas de mi sangre, preguntándose en voz alta con voz histérica por qué mi herida ha dejado de sangrar y si eso es algo bueno o no.

Ambos nos sobresaltamos cuando escuchamos el motor de un coche y la escucho maldecir a voz en grito cuando llegamos a la misma conclusión al mismo tiempo: el hombre humano ha logrado huir.

La rabia arde en mis entrañas.

Debí de haberlo rematado sin importar lo que mis instintos me dijeran.

Pero ya habrá tiempo de darle caza más tarde. Tengo su olor grabado a fuego en mi olfato y sé que podré encontrarle sin importar donde se esconda.

El rastreo y la caza son dos de mis habilidades más desarrolladas.

Mi Compañera mira de nuevo mi herida y se da por satisfecha cuando los vendajes están lo suficientemente firmes. Yo quiero lamer su rostro afectuosamente y darle todo el confort posible.

El deseo por ella, por completar nuestro Emparejamiento, late insistentemente en mi interior, pero sé que ahora no es el momento adecuado para centrarme en ello, así que hago todo lo posible por empujarlo hacia el fondo de mi mente.

Mi Compañera camina hacia el otro coche que hay en mitad de la carretera con una mano en mi lomo y yo la sigo, interponiéndome entre ella y el lugar por el que el malnacido ha desaparecido de vuelta a su madriguera a lamer sus heridas.

El bosque está más calmado, pero el deseo de venganza y la sed de sangre por quién se ha atrevido a poner en peligro la vida de una de sus niños sigue ahí.

Sin importar si naces siendo Lobo o Compañero, para la naturaleza todo Cambiante es su niño predilecto, y ese es un amor y afecto del que yo me he

sentido privilegiado de tener desde que nací.

Un amor que siento la urgencia de compartir con ella.

El coche, veo con ojos cansados cuando la necesidad de un sueño sanador empieza a hacer mella en mí, tiene una de las ruedas reventadas de un disparo, al igual que una de las ventanas de la parte de atrás.

Maldito humano cobarde, pienso con ira.

Mi necesidad de verlo despedazado se incrementa.

Mi Compañera suelta una maldición y golpea uno de sus puños contra el capó del coche y yo la empujo suavemente con mi morro, notando con satisfacción que el gesto afectuoso la ayuda a calmarse.

Sus manos han dejado de temblar y el miedo ha abandonado su rostro, pero la rabia sigue bullendo en ella como el fuego de un volcán a punto de estallar en erupción.

El bosque me susurra que mi presa se ha desviado por una carretera secundaria y ha llegado a una cabaña justo a las afueras del territorio de los Cambiantes. En una zona que colinda entre los Osos polares, los pardos y los Lobos que hace tiempo que se decidió que sería territorio neutro.

Un pequeño triángulo de tierra que no es territorio de nadie y al mismo tiempo lo es de todos.

No sé cómo el humano ha sabido dónde refugiarse, ni quién ha tolerado que se construya una vivienda ahí, pero todo esto hace que mi sed de sangre se acreciente.

El hombre debe tener algún amigo ayudándolo, sospecho.

Mientras ayudo a mi Compañera a empujar el coche hasta un lado de la carretera para que no moleste a los demás conductores y la observo recoger sus cosas del interior del vehículo, estoy pendiente del susurro de la naturaleza.

El viento murmura que hay alguien más en la cabaña en la que el bastardo se ha escondido.

Otro hombre humano que además apesta también a corrupción.

Aprieto mi lengua contra el paladar.

Sé que debo contener a mi bestia y no darles muerte antes de saber cómo han llegado hasta allí y quién les ha ayudado a esconderse en ese preciso lugar y por qué uno de ellos estaba intentando matar a mi Compañera, pero la tentación de acabar con ellos y darme por satisfecho es grande.

—¿Y ahora qué? —Escucho a mi Predestinada preguntar al viento.

Está parada al lado de su coche, con el sudor secándose en su piel y el frío empezando a hacer mella en ella, y tiene tal expresión de angustia en el rostro

que algo en mí se retuerce y me grita que debo hacer algo para aliviar su dolor.

Gruñendo suavemente con afecto y empujándola delicadamente con mi cabeza para llamar su atención cuando esto no hace efecto, intento indicarle sin palabras que se suba a mi lomo.

A mí no me costará nada cargarla por el bosque hasta la casa más cercana, que es la que solía ser de mi tío Sorren y que mis hermanos y yo hemos mantenido en pie durante todos estos años con la esperanza de que mi tío vuelva algún día a casa.

Sé que al tío Sorren no le importará. Todo lo contrario, le llenaría de orgullo el saber que su hogar ha servido de refugio a alguien que lo necesita.

Siempre ha sido un macho honorable.

Ella me mira con ojos como platos cuando comprende mis intenciones.

—¡Estás herido, y no pienso montarte como si fueras un caballo! —Exclama escandalizada.

Yo intento hacerle entender que la herida de bala no es preocupante (aunque sé que debo sacar la bala antes de que sane del todo o Caidan se cabreará cuando tenga que reabrirla para hacerlo él mismo), e intento no centrarme mucho en la palabra *montarte*, golpeando mi creciente deseo por ella hacia las profundidades de mi mente.

Podría Cambiar a forma humana, pero temo que hacerlo solo empeoraría mis ganas de echarlo todo al carajo e intentar seducirla allí mismo. Y además no debo hacerlo hasta que mis huesos hayan sanado, no sea que se enderecen de formas que no deben y luego me cueste más sanar.

Al final la convengo para que se suba al capó y de ahí salte a mi espalda, sentándose a horcajadas sobre mi lomo como si yo fuera un caballo, aunque puedo sentir la duda y la aprensión emanando de ella en oleadas.

Ella se aferra al pelaje de mi cuello con ambas manos soltando un quedo grito de sorpresa cuando empiezo a moverme, a pesar de que procuro ir despacio hasta que se acostumbre a mis movimientos bajo sus muslos y aprenda a estar en equilibrio sentada sobre mí.

Lleva su bolso y una mochila llena de bártulos que ha sacado del asiento de atrás y en la que ha metido algunas cosas del maletero colgando de sus hombros, así que decido no correr demasiado rápido por miedo a que se caiga por el peso.

Me interno en el territorio de la manada tras atravesar un pequeño claro de árboles y descender por un corto pero empinado barranco en el que me las arreglo para maniobrar cuesta abajo aún a pesar de que mi hombro aún no está del todo sanado, y en el que ella se las arregla para no caer, aferrándose a mí y

apegando su cuerpo al mío de tal manera que tengo que luchar contra mí mismo para no ponerme duro como una piedra cuando siento sus pechos presionar contra mi pelaje.

No tardamos más de media hora en llegar a la cabaña.

Los gemelos instalaron en ella una antena parabólica y otra de Internet para que el tío Sorren tuviera acceso a la tecnología moderna cuando decidiera volver a casa (ellos estaban más apegados al hombre que ninguno de nosotros, dado que el tío Sorren fue una parte importante de su educación, habiendo sido el único que había conocido previamente a otro par de gemelos Cambiantes telépatas), así que mi Compañera podrá comunicarse con cualquiera que necesite sin problemas.

Ella suelta un suspiro de alivio al ver la casa.

Es bastante grande, ya que el tío Sorren la construyó cuando era joven y aún tenía esperanzas de encontrar a su Pareja, así que hizo habitaciones extra para posibles futuros cachorros.

Tiene un gran porche delantero en el que mis hermanos y yo solíamos sentarnos a jugar en verano mientras mis padres corrían por el bosque y nosotros nos quedábamos al cuidado del tío. Una planta baja amplia y abierta con todo lo necesario, además de una gran chimenea, y una planta superior con cuatro dormitorios y dos baños completos.

Nosotros la hemos preservado tal y como él la dejó, aunque hemos ido añadiendo alguna que otra cosa conforme la tecnología iba avanzando.

—Es preciosa. —Escucho decir a mi Compañera. —¿Es tuya?

Yo niego con la cabeza, pero sé que no puedo dar muchas explicaciones en esta forma. Carezco de las habilidades telepáticas de mis hermanos menores así que no puedo hablar directamente a la mente de alguien.

Me detengo frente a la casa e intento hacerle entender que la puerta está abierta. Por suerte, ella parece comprenderme bastante bien y baja de mí de un salto palmeándome suavemente el cuello y murmurando lo agradecida que está.

—¡Tengo Internet! —Exclama con alivio cuando saca su móvil del bolsillo. —Ni siquiera me había dado cuenta de lo mucho que dependía de la maldita Red para comunicarme.

Ella se sienta en una de los sillones de ratán del porche, dejando sus pertenencias a sus pies, y se pone a teclear frenéticamente en su móvil, y yo me relajo sabiendo que está a salvo.

«¿Dónde estás?»

La voz me sobresalta.

Es Blake.

El menor de los gemelos nunca ha tenido reparo en interrumpir los pensamientos de alguien cuando lo necesita o está preocupado por algo, y yo casi me he acostumbrado a que de vez en cuando se comunique conmigo bruscamente para inquirir sobre mi paradero.

Blake siempre ha sido algo paranoico sobre mis tendencias Ferales, como Aaron suele llamarlas, sobre todo desde que perdimos a Sorren, con quién estaba tan unido, así que cuando desaparezco un día o dos sé que puedo esperar que me interrumpa con sus preguntas o preocupaciones tarde o temprano.

«*En la cabaña del tío Sorren.*» Le respondo.

Eso parece calmarlo. Imagino que está aliviado de que al menos no le haya dicho que estoy de caza en las profundidades del bosque.

Mientras converso con él, mis ojos no se apartan de mi Compañera.

Ahora que el peligro ha pasado puedo observarla con mayor tranquilidad.

Lleva el cabello negro ébano recogido en un moño casual en lo alto de la cabeza, y sus ojos color verde pálido son tan bellos como tristes.

Hay un aura en ella que me hace darme cuenta de que no ha llevado una vida fácil, y ello me hace sentirme avergonzado y furioso con el mundo.

Agraviado y culpable de no haber estado ahí para ella cuando me ha necesitado anteriormente. Furioso porque sé que el mundo puede ser un lugar duro y cruel y está claro que ha hecho mella en ella.

Hay arrugas alrededor de sus ojos que hablan volúmenes sobre las alegrías y tristezas que ha vivido.

Es bella como ninguna otra mujer que haya conocido jamás.

Puedo sentir el valor, la perseverancia y la fortaleza que relucen en su espíritu como las llamas de un fuego inextinguible.

Calculo que tendrá alrededor de unos cuarenta años. Unos diez años más que yo.

Me siento sobrecogido por la belleza y la fuerza que veo en ella, y agradecido con el Destino por haberme considerado digno de esta hermosa guerrera que me llena de admiración y deseo.

Espero ser digno de ella.

Ella levanta la vista de la pantalla de su teléfono y yo soy incapaz de apartar mi mirada de sus intensos ojos.

Siento que me consumen en su llama. Y estoy más que dispuesto a arder por ella.

Con ella.

—He contactado con el seguro. Recogerán mi coche esta tarde y lo llevarán a casa. —Suspira ella después de un rato de silencio. —Y deberíamos llevarte al hospital y hablar con la policía sobre Terrence, aunque dudo que hagan mucho contra el cabrón. Ojalá lo metan en la cárcel unos años más.

Su rostro se vuelve duro, furioso y vengativo. Y a mí me arde la sangre con deseos de venganza que sospecho que deben ser solo un eco en comparación con lo que ella debe de estar sintiendo.

Terrence. Memorizo el nombre del humano.

Quiero saber qué nombre maldecir cuando le dé caza.

—No voy a poder ir hoy al banco. —Dice de pronto mi Compañera. — Aunque me pregunto si habría siquiera un banco al que ir o uno de los amigos de mi ex me habrá llamado haciéndose pasar por banquero.

Así que sospecha que era una trampa.

Tiene lógica, considerando que ha sido atacada en mitad de una carretera apenas transitada por alguien que evidentemente estaba esperándola.

Yo me siento aún más furioso que antes.

Quiero que el hombre sufra antes de morir.

Ella suspira de nuevo y se frota los ojos con cansancio.

—Al menos Sonya está bien.

Yo ladeo la cabeza.

Sonya. Menciona el nombre con tanto amor que me hago a la idea, después de que haya dicho que el hombre es su ex, de quién debe ser ella.

—Mi hija. —Me aclara, y yo asiento.

Me lo imaginaba.

Aunque no es común para un Cambiante o un Compañero tener pareja o hijos antes de Emparejarse, el mundo es un lugar complejo y diverso y a veces sucede.

—Y tú...

Ella me mira como si estuviese por fin considerando la situación. Como si se acabase de dar cuenta de que está en mitad de un bosque hablando en voz alta con un Lobo Cambiante en el que confía instintivamente sin saber por qué.

Y por el posiblemente se siente atraída.

—Tú eres....

Ella duda y yo asiento de nuevo. Mis opciones de comunicación son muy limitadas en esa forma.

Sé que la llamada puede ser difícil de entender para los humanos. Algo así no sucede con frecuencia en sus vidas.

Pero también sé que no soy el único que siente el impulso, la magia, el

reclamo.

Sé que ella siente que soy tan suyo como ella lo es mía.

Es algo mutuo. Algo inexplicable e inextinguible.

Los humanos lo llaman Almas Gemelas.

Nosotros lo llamamos Emparejamiento Predestinado. O al menos así más o menos se traduce de la antigua lengua de nuestros ancestros.

Ella se recuesta sobre el asiento y deja salir el aire poco a poco de sus pulmones, intentando relajarse.

—Ni siquiera sé dónde estamos.

—En el territorio de la manada Wolf. —Le responde la gruñona voz de mi hermano Ewan.

Sospecho que los gemelos le habrán pedido que venga. O, más concretamente, seguramente Blake le habrá bombardeado la mente con exigencias hasta irritarlo lo suficiente como para que salga de su nuevo hogar con su Compañera durante un rato, cosa que es difícil.

Natalie y Ewan rara vez se separan. Son aún peor que Liam y Sheila en ese sentido.

No me sobresalto porque he escuchado su coche acercarse y he sentido su irritada presencia desde hace kilómetros, pero no sucede lo mismo con mi Compañera.

Ella da un respingo y mira de manera desconfiada a mi hermano, pero se relaja una vez se da cuenta de que yo no lo considero una amenaza, y el que confíe tanto en mí me llena de orgullo y alegría.

—Hola. —Saluda ella con aprensión. —Lamento el haber invadido vuestra casa.

Me mira de reojo y yo procuro comunicarle que todo está bien.

Ewan se encoge de hombros.

—No pasa nada. —Dice lacónicamente antes de girarse hacia a mí y lanzarme una mirada cargada de sospecha durante unos segundos.

Sé lo que está pensando, pero no hago nada para confirmarlo o desmentirlo. Es demasiado privado, demasiado nuevo todavía. Temo que mis hermanos intenten entrometerse y metan la pata.

Él se gira de nuevo hacia ella.

—¿Estás perdida o algo?

Mi Compañera se tensa.

—O algo. —Le responde, y sé que no quiere dar muchos detalles. Mi mujer prefiere la intimidad y no confía en extraños fácilmente, deduzco yo. —Mi

amigo Lobo aquí presente me ha traído hasta aquí cuando mi coche me ha fallado.

Ewan alza una ceja, desconfiado, pero no dice nada más. Es un hombre de pocas palabras la mayor parte del tiempo y solo Natalie logra que se relaje a su alrededor.

—¿Necesitas que te lleve a alguna parte?

Mi Compañera me lanza una mirada cargada de duda y yo asiento con la cabeza, sintiéndome satisfecho y contento cuando ella se relaja.

—Mi amigo necesita un médico. —Me señala ella con la mano.

Es entonces cuando Ewan se gira propiamente dicho hacia a mí y nota la herida vendada de mi hombro y empieza a maldecir como un camionero.

—Joder, Duncan. ¿En qué lío te has metido esta vez?

Yo resoplo. Bonito viniendo de un Lobo que fue encontrado medio muerto por su Compañera tras haberse despeñado por un barranco.

—No ha sido culpa suya. —Mi Predestinada se pone a la defensiva en mi nombre y yo meneo la cola, contento como un cachorro en que ella ya me considere suyo de esa forma. —Me ha protegido.

Ewan nos lanza a ambos una mirada huraña, pero yo le ignoro.

Huraño es una palabra que siempre he asociado con mi hermano mayor. Es casi tan serio y obstinado como Liam, nuestro Alfa.

—¿Protegido de qué?

Mi Compañera permanece en un silencio cargado de culpa y yo quiero decirle que mis heridas no son culpa suya, pero no sé cómo sin Cambiar de forma, y para ello necesito que me saquen la bala antes para no empeorar la herida moviendo y reajustando mis huesos.

Y además está el asunto del impulso que siento para Emparejarme con ella, que se hará más fuerte si Cambio.

Siempre he sabido controlar mis impulsos como Lobo mejor que como humano.

Quizá sea por mi conexión con la naturaleza. No lo sé.

Ewan maldice de nuevo, y yo veo a mi Predestinada tensar los hombros y mirarlo con mayor desconfianza, así que le suelto a mi hermano un gruñido de advertencia.

No soy violento por lo general, pero Ewan debería saber bien cómo funcionan estos instintos.

Sospecho que él ya sabe quién es ella para mí, y sé que si yo o algún otro se pusiera a maldecir con actitud enojada ante Natalie y la hiciera sentir tensa e

incómoda él no dudaría dos veces antes de echarse sobre esa persona con las fauces abiertas. Hermano o no.

Por suerte, yo puede que sea más salvaje, pero soy también menos impulsivo y hosco que él.

Pero, aun así, Ewan no debería tentar a la suerte.

Mi hermano suelta otro bufido y cruza los brazos sobre el pecho. Está claro que se ha puesto la ropa a toda prisa. Su camisa no está bien abrochada y sus vaqueros están manchados de pintura.

—Muy bien. Quedaos con vuestros jodidos secretitos. Ya sé cómo va la cosa. —Me mira frunciendo el ceño y yo lo ignoro y me acerco a mi Compañera, sentándome en mis patas traseras cerca de donde está ella. —Soy Ewan, por cierto.

Típico de él, el ni siquiera acordarse de introducirse antes de ponerse a hablar de mal humor.

—Pam. —Dice ella. —Pam Cruz.

Pam Cruz.

Pam.

Pam.

El nombre resuena en mi cabeza como un eco de algo familiar. Me causa una sensación de confort, de pertenencia. Como ella.

Desde tan cerca, su olor me embriaga, y sé que estoy cerca de perder el control de mi forma de Lobo. Mi lado humano ha estado gritando para hacerse oír con exigencias y rugidos. Quiere que la corteje. Que la seduzca.

Sacudo la cabeza para despejar la mente y aspiro el olor de mi Compañera en mis pulmones. Se siente tan familiar a pesar de que jamás había olido algo tan delicioso.

—Menos mal que me he traído el jodido camión jeep. Será mejor que subas a la parte de atrás. —Me dice Ewan antes de darse media vuelta y desaparecer entre los árboles rumbo al camino de tierra en el que ha aparcado.

Pam me mira con resignación.

—Tiene razón. Deberíamos movernos. Aún necesitas que te miren esa herida y yo quiero ver cómo está mi hija.

Y yo lo que quiero es pasar más tiempo con ella, pienso sintiéndome desencantado. La bala me da igual.

Ella extiende una mano y acaricia el pelaje de mi pecho con una expresión tierna que yo grabo a fuego en mi mente y que me hace sentir esperanzado.

Se ríe cuando me ve mover la cola.

—¿Sabes? A pesar de que estás cubierto con la sangre de mi ex, o precisamente por eso, y de que eres probablemente más grande que mi coche, no puedo evitar pensar que eres adorable.

Adorable.

La palabra hiere mi orgullo masculino, pero también me hace sentir aliviado de que ella siga sin tenerme miedo o aprensión a pesar de que, como ha dicho ella, mis mandíbulas están llenas de la sangre de un hombre humano.

—¿Venís o no, tortolitos? Tengo cosas que hacer y no puedo esperar todo el puto día.

Gruño hoscamente cuando escucho a mi hermano gritar interrumpiendo el momento y Pam suelta un bufido molesto y se sonroja al escuchar la palabra «tortolitos» antes de levantarse y poner rumbo al jeep.

Yo la sigo cojeando ligeramente. La herida cada vez me resulta más molesta a pesar de que ha dejado de sangrar y sé que tengo que extraer la bala cuanto antes, pero todavía no quiero separarme de ella.

Y no creo que quiera hacerlo nunca.

Mi Compañera.

Jamás pensé que el destino la traería hasta mí.

Siempre imaginé, como muchos de mis hermanos, que acabaría mis días como el tío Sorren: abandonando mi lado humano y dejando que la bestia se apodere de mí para no tener jamás que sentir el dolor de estar incompleto de manera consciente.

Aullándole a la luna en soledad hasta el día de mi muerte, perdido en la locura de mi lado salvaje y animal.

Pero parece que el destino tiene reservado algo diferente para mí.

Y no puedo esperar para vivirlo.



Pam

No sé qué pensar de todo esto.

Mi cabeza da vueltas, y la atracción que siento por el Lobo que me ha salvado (Duncan, lo ha llamado Ewan) es algo inaudito, pero a pesar de todo se siente tan natural.

He empezado a pensar en él como mío sin saber por qué, y mucho me temo que mi vida se acaba de volver todavía más complicada.

Espero que el hijo de un perro con sarna de mi ex se haya muerto donde quiera que se haya escondido para relamer sus heridas y que su cadáver sea devorado por buitres.

Maldito psicópata.

No puedo creer que lo haya hecho de nuevo.

Que haya intentado matarme otra vez.

Mi mayor preocupación ahora mismo es mi hija.

Algo me dice que está a salvo, y que las Osas cuidarán bien de ella. Que Terrence no se atrevería a moverse tan cerca de Green Valley.

Pero aun así necesito verla con mis propios ojos para asegurarme. Ya lidiaré con mis súbitos sentimientos por el Lobo más tarde.

Duncan. Duncan.

Mi mente susurra su nombre y siento mi cuerpo caldearse al escucharlo y mi corazón latir apresurado y frenético en mi pecho.

Me giro en el asiento del copiloto a mirar a Ewan, que no ha dicho una palabra después de ayudar a mi Lobo a subirse en la parte de atrás del jeep, y vuelvo a girarme hacia la ventanilla que separa la parte trasera abierta del auto para ver cómo está mi Lobo.

Mío. Mío Mío.

Me siento tan posesiva con él.

Él tiene los ojos clavados en mí y meneas la cola cuando ve que yo le devuelvo la mirada, arrugando los ojos como si quisiera sonreír. Y yo pienso de nuevo que es adorable a pesar de que podría tragarme entera con el tamaño de

esa boca.

Por no hablar de sus dientes.

Nunca los había visto tan grandes o afilados.

Me siento como Caperucita Roja pero, en vez de estar asustada de que el Lobo me coma, yo lo que quiero es que él me *coma* de una manera muy diferente y mucho más íntima.

Carraspeo para alejar mi mente de esos pensamientos y me centro en repetir una y otra vez el listado de cosas que tengo que hacer.

Hacer listas y apuntar cosas de manera ordenada siempre me ha ayudado a estar más en calma. Es un hábito desde que a los veintiuno trabajé de secretaria para una firma de abogados durante un par de años.

El hábito me ayuda a respirar con más tranquilidad. Aunque buena parte de que me sienta tan en calma a pesar de todo y de que no esté en medio de un ataque de pánico y rabia la tiene el Lobo.

Su presencia hace que me sienta segura. A salvo. Tranquila.

Es un sentimiento al que no estoy acostumbrada.

—Ya hemos llegado.

Dice Ewan, sacándome de mi ensimismamiento, y señala a una enorme casa de fachada blanca y techo azul llena de inmensos ventanales de esos que por fuera parecen espejos y por dentro, estoy segura, son tan claros como el agua del río que veo pasar detrás de la casa.

Hay varios hombres y una mujer esperando de pie en frente de las altas puertas de madera.

Dos de ellos son idénticos y los único que los diferencia es la ropa y que uno lleva el pelo largo y el otro corto. Y el tercero, que es más bajo que ellos pero da la sensación de ser el más peligroso, está de pie junto a un mujer que lleva en sus brazos a un bebé de apenas unas semanas o días.

—Nuestros hermanos y cuñada. —Aclara Ewan. —Una vez Duncan esté en la clínica te llevaré a la ciudad.

Yo asiento, agradecida pero nerviosa e irritada conmigo misma por la necesidad que siento de quedarme con el Lobo y no separarme de su lado, y que lucha contra mi necesidad de ver a Sonya.

Los hombres se nos acercan una vez Ewan aparca el jeep frente al camino principal, y puedo ver que hay varios coches de diversos estilos aparcados en un garaje abierto junto a la casa: desde una vieja caravana hasta lo que creo que es un Ferrari.

La mujer me sonrío cuando bajo del jeep y me acerco a pasos nerviosos hasta

mi Lobo.

Me siento muy protectora respecto a él.

—¿Estará bien? —Pregunto sintiéndome ansiosa y angustiada.

En cuanto veo la sangre seca que adorna el vendaje de su hombro y su pelaje, me entran ganas de llorar.

Ewan parece suavizarse con mi pregunta, aunque sigue teniendo una expresión molesta, como si estuviese más irritado que preocupado de que su hermano haya sido herido, y ello me enfada.

—Estará perfectamente en unas horas una vez Caidan le eche un vistazo. — Me dice, y yo le creo.

El alivio que me embarga me hace temblar las piernas y me agarro al borde del jeep.

Ewan me da unas palmaditas incómodas en la espalda, seguramente intentando consolarme a su manera, y yo decido que me cae bien a pesar de que parece todo un gruñón.

Debajo de esa fachada, noto cuando lo veo mirar a su hermano Duncan con ansiedad mientras habla con los gemelos en voz baja, haciendo gestos enfadados cuando uno de ellos responde algo que yo no llego a oír, es una de esas personas que esconden un corazón de oro.

—¿Seguro que estará bien? —Le pregunto de nuevo con angustia cuando veo cómo los gemelos sacan una enorme camilla del interior de la casa.

—Tranquila. —Me dice el otro hombre, el de pelo oscuro y ojos grises que parece ser la autoridad del lugar y que da las órdenes a los otros sobre cómo ayudar a Duncan a moverse para bajar del jeep. —Se pondrá bien, y estoy seguro de que podrás verlo pronto. —Hace una pausa y me mira significativamente, pero yo no tengo ni idea de qué es lo que este Lobo ante el cual los demás se muestran más sumisos quiere comunicarme. —Si tú quieres verlo, por supuesto.

Escucho a Ewan soltar un bufido de exasperación.

—Joder. Ya estás otra vez con lo de las Leyes. —Dice con el tono exasperado de quien ha tenido esa misma discusión un millar de veces.

—Leyes. —Responde el otro Lobo con firmeza. —Que tú seguiste a la hora de Emparejarte con tu Compañera.

Lo dice con un deje de aprobación y otro de advertencia, y puedo ver que Ewan se siente a partes iguales orgulloso de la aprobación de su hermano e irritado con él por su regaño.

Una vez Duncan está en la camilla, empiezan a empujarlo hacia una entrada lateral de la casa por la que sospecho que estará la clínica que Ewan ha

mencionado antes.

—¿Nos vamos? —Pregunta el Lobo girándose hacia mí.

Pero yo miro al mío y me entra el pánico cuando pienso que lo estoy dejando solo y herido.

Mi parte racional me dice que él está bien, que es un Cambiante, que se recuperará rápido y que, además, está rodeado de sus hermanos, de su familia, pero mi corazón no quiere escuchar razones.

—¡Esperad!

Los hombres se detienen con una mirada interrogante y yo me acerco a la forma postrada de mi Lobo, que está tumbado en la camilla después de que hayan tenido que convencerlo para subir y que el que sospecho que debe ser el Alfa le haya pegado una buena bronca por moverse con el hombro herido y empeorar la inflamación.

Mis manos acarician su pelaje y fijo mis ojos en los suyos. Son de un gris pálido y me veo reflejada en ellos: mi cara está pálida y llena de angustia.

—Gracias. —Le digo con emoción.

No sé si le he dado las gracias antes. No recuerdo si lo he hecho o no porque mi mente, aún ahora, todavía está en shock por todo lo ocurrido, pero quiero que sepa que no olvidaré jamás lo que ha hecho por mí.

Y que nunca perdonaré a Terrence por haberlo herido.

Él me lame la mano con afecto y me mira como si quisiera decirme que no debo darle las gracias y a mí se me empañan los ojos.

Mío. Susurra mi mente.

Mío para amar. Para proteger. Para cuidar.

Para ser amada, y protegida, y cuidada.

Mío.

Me alejo de él haciendo un esfuerzo titánico. Me cuesta dejarlo ir.

Tanto, que en cuanto se ponen de nuevo en marcha yo tengo unas ganas inmensas de correr tras él.

Ewan carraspea y yo parpadeo y me giro a mirarlo. El Lobo tiene la mirada apartada como si quisiera darme algo de intimidación pero se lo ve incómodo y también, extrañamente, algo contento.

—Vámonos. —Decir esas palabras es una de las cosas más duras que he hecho nunca en mi vida.

Mientras me alejo de mi Lobo con un silencioso Ewan a mi lado, no dejo de pensar en él.

Una vez llegamos a mi casa, tras haberle indicado a Ewan la dirección, el

Lobo aparca frente al camino del jardín delantero y ambos nos quedamos mirando las flores salvajes que crecen allí, pensativos.

—Me alegra. —Dice Ewan por fin rompiendo el silencio.

Yo me giro a mirarlo, confusa, y él carraspea y habla de nuevo.

—Que Duncan tenga una Compañera Predestinada que sea buena gente. —
Aclara.

Yo me quedo a cuadros hasta que las palabras son absorbidas por mi cerebro.

Compañera Predestinada.

Ah.

Así que es eso.

Eso explica mi atracción por el Lobo y mi impulso de verlo sano y a salvo.
Mi angustia por su estado.

—Gracias. —Le digo sin saber cómo responder.

Mi mente parece un huracán llena de pensamientos que luchan unos con otros y gritan para hacerse oír.

—Y en cuanto a lo de las Leyes.... —Dice dubitativo. Está claro que eso de las Leyes, sea lo que sea, es un tema espinoso para los Lobos. —En fin, no hagas mucho caso a Liam. Es un gruñón.

Yo aprieto los labios para no soltar una carcajada y él me mira como si supiera lo que estoy pensando y se sintiera exasperado por ello.

Gruñón. Le dice el cazo a la sartén.

El Lobo llamado Liam, pienso yo, parecía bastante más sociable que él.

Pero no le voy a decir eso. Está claro que él tiene otra opinión al respecto.

—¿Qué son las Leyes? —Pregunto no solo por curiosidad, sino porque necesito alejar mi mente del remolino de pensamientos angustiados en el que se ha convertido en las últimas horas.

—Las de Emparejarse. El Cortejo y todo eso. —Dice él encogiéndose de hombros. —Las hembras son las que dan el primer paso. Más o menos es eso.

—¿Más o menos?

—Nadie dijo nunca que seducir a tu futura Compañera no estuviera permitido.

Yo me río. Él lo dice como si estuviera orgulloso de habersele ocurrido una manera de actuar con las Leyes de su hermano a su favor pero aun así respetándolas.

Parece un tío gracioso detrás de toda esa hosquedad.

Pero imagino que si a mí me hubieran sacado de la cama a toda prisa, tal y como parece que ha sido su caso, también estaría un poco malhumorada.

—¿Así que debo esperar a que Duncan me seduzca? —Pregunto bromeando. Y luego siento mis mejillas sonrojarse y mi cuerpo acalorarse y me sorprende por ello.

Hace mucho que no me siento ni tímida ni acalorada por un hombre. De hecho, no creo que me haya sentido así jamás. Ni siquiera durante la pubertad.

Ewan resopla y niega con la cabeza, crispado.

—Lo dudo. Duncan es casi tan irritante con lo de las Leyes y Costumbres como Liam aunque no suela hablar mucho de ello. —Se queja.

Así que tendré que seducirlo yo, pienso de súbito.

La idea es inesperada, pero algo dentro de mí levanta la cabeza con interés. Mucho interés.

—Gracias por todo, Ewan. —Le digo al Lobo intentando ignorar mi sonrojo y el súbito resurgimiento de mi libido, que creía muerta hacía años después de la mala experiencia de Terrence.

—No hay de qué. —Responde él.

Siento que el Lobo quiere preguntarme algo. Probablemente cómo ha acabado su hermano herido y qué tiene que ver conmigo. Pero no me siento preparada todavía para hablar de ello.

Ni siquiera he llamado a la policía, aunque sé que debo hacerlo, y cuanto antes.

Me bajo del todoterreno lo más rápido que puedo sin resultar ofensiva y, cuando me giro para despedirme, veo que Ewan me está tendiendo un papel con la mano.

—Mi número. —Me aclara. —Así si pasa algo o tienes dudas me llamas directamente y ya está. Y no tendré que aguantar a Blake gritando en mi cabeza.

No sé lo que quiere decir con eso último ni quién es Blake (aunque imagino que debe ser uno de los hermanos que no se han introducido anteriormente. Quizá uno de los gemelos), pero cojo la tarjeta agradecida.

Él aparta la mirada, incómodo, cuando le vuelvo a dar las gracias por todo, y se encoge de hombros evitando mirarme.

Yo aprieto los labios para evitar una sonrisa. Lo he calado, pienso. Es más tímido y se preocupa más de lo que quiere que los demás sepan, estoy segura.

—Te llamaré cuando Duncan se recupere del todo si es que no se escapa antes y viene a verte por su cuenta. —Me dice antes de irse, y yo me siento tan agradecida a este hombre huraño que a pesar de la mala impresión me hace sentir que puedo confiar en él que le doy las gracias de nuevo. —No más gracias.

Bufa sonrojándose antes de cerrar la puerta por la que yo he salido inclinándose sobre el asiento del copiloto para ello y encendiendo el motor tras despedirse con un gesto.

Yo aferro mi bolso y mi mochila con ambas manos.

Y entonces la adrenalina se apodera de mí una vez más y corro hacia la casa, dejándolo todo sobre el banco de la entrada antes de salir y cerrar de un portazo tras de mí y poner rumbo al territorio de los Osos.

Ni siquiera se me ocurre llamar por teléfono a pesar de que tengo guardado el número de Nina.

Mi mente está nublada y necesito ver a mi hija *ya*.

Cuando llevo más de cinco minutos caminando por el bosque sin encontrarlas, empieza a entrarme el pánico y las teorías sobre su paradero embozan mi mente.

En el fondo, sé que está a salvo, pero no es fácil sentirse así tras lo que ha ocurrido.

Nunca lo es.

Por la experiencia, sé que pasarán días o semanas hasta que pueda volver más o menos a la normalidad. Quizá meses.

—Hey, Pam. —Nina aparece por entre los árboles y me mira con curiosidad para posteriormente fruncir el ceño con inquietud.

Solo entonces, cuando miro mis manos, me doy cuenta de que hay sangre en ellas. Sangre de Duncan.

Debo de haberme manchado cuando le he puesto el vendaje y ni siquiera me he dado cuenta.

—Eso es de Lobo. ¿Ha pasado algo? —Dice la Osa olisqueando el aire.

Yo abro la boca y, como si su preocupación hubiese abierto una grieta en mi perfecta presa, tras la que guardo siempre todas mis emociones, se lo cuento todo de principio a fin.

Le hablo de mi matrimonio con Terrence. De Sonya. Del maltrato. Del divorcio. Del acoso y de los dos intentos de asesinato.

De Duncan.

Nina me escucha con seriedad hasta que la última palabra sale de mi boca y me guía hasta que estoy sentada en un tocón cuando nota que las piernas me están fallando.

Ni siquiera me había dado cuenta de que había empezado a llorar hasta que ella me tiende un pañuelo para limpiarme el rostro.

Nunca había perdido el control de esta manera.

—Hey, Pam. —Nina se arrodilla frente a mí y me mira a los ojos con solemnidad. —Pam, mírame.

Yo la miro a mi vez y veo la furia y la resolución brillando en los ojos de la Osa.

—Te prometo que aquí estáis a salvo y que él no podrá acercarse a vosotras. Lo sabremos en cuanto lo intente y no vivirá para contarlo.

Su promesa, dicha con brutal honestidad, me hace llorar con más fuerza todavía.

De alivio. De agradecimiento.

De vergüenza.

Porque una parte de mí, aunque sepa que pensar así no tiene lógica alguna y que he hecho todo lo que he podido para defendernos a mí y a Sonya; todo lo humanamente posible; siempre sentirá como si tuviese que haber hecho algo más para enfrentarme a Terrence.

Como si tuviese que ser una de esas mujeres imponentes, guerreras, fuertes e invencibles a las que el mundo no puede tumbar ni hacer daño y que pueden partir a un hombre por la mitad con tan solo desearlo, y que el no serlo, el ser solo yo: Pam Cruz, humana y vulnerable que siempre intenta hacerlo lo mejor que puede con las circunstancias que le ha tocado vivir, no fuese bastante.

Pero solo soy humana.

No tengo superpoderes. Ni fuerza sobrehumana. Ni soy una Osa capaz de sobrevivir a un tiroteo y cargarse a los malos sin parpadear. Ni una Loba.

Soy solo Pam.

No sé cuánto tiempo paso allí, llorando y dejando salir todo el estrés de ese día. Solo sé que Nina me levanta suavemente y me guía hacia un río que está a unos minutos de donde estamos y me ayuda a lavarme las manos de la sangre de mi Compañero.

Y luego me guía de vuelta a casa diciéndome que Sonya está bien y que pronto estará junto a mí, que está en la casa principal de los Osos junto a Kate haciendo galletas.

Y el escuchar que mi hija está haciendo galletas, no sé por qué, me hace reír. Quizá por la felicidad que me produce el que toda la mierda que ha ocurrido hoy no la haya tocado de ninguna manera.

El que esté a salvo y feliz, lejos de Terrence.

Caigo rendida sobre el sofá en cuanto Nina me dice que me siente y ella se va a la cocina a hacer té y me duermo sin darme cuenta.

Me despierto desorientada cuando mi teléfono empieza a sonar y veo que

Nina está sentada en el sillón de enfrente y que ha dejado una taza de té en la mesita que hay frente a mí.

—Lo siento. —Le digo a la Osa, que me sonrío y me dice que no me disculpe.

Miro el teléfono y al número desconocido que aparece en la pantalla y tengo la sensación de que es Ewan.

Aún ni siquiera he guardado su número.

Descuelgo sin pensarlo mucho frotándome los ojos.

—Hey. —Me saluda la voz del Lobo. —Solo quería que supieras que Duncan está bien. Y que no creo que tarde en intentar escaparse para verte. Según Liam, está montando todo un número en la enfermería e insistiendo en que ahora que no tiene la bala su herida está bien y no sé qué mierdas más, así que han tenido que darle un sedante para que se duerma.

Se me para el corazón al oír eso y cierro los ojos, dejando caer mi cabeza atrás sobre el respaldo por el alivio.

—Gracias.

—No hay de qué. —Me dice él. —Disculpa, tengo que colgar. Mi mujer y yo vamos a ir a una exposición en el museo así que tendré el móvil en silencio, pero llama si necesitas algo.

Yo sonrío sin poder evitarlo.

A pesar de todo, algo bueno ha salido de todo esto.

—Gracias de nuevo, Ewan.

Él resopla y puedo imaginarme su rostro incómodo y avergonzado al otro lado de la línea como si lo estuviese viendo. Se despide rápidamente y cuelga y yo miro pensativa a la pared de enfrente.

No sé qué voy a hacer con Duncan.

Lo único que sé es que necesito, de una manera primordial e intensa, que sea parte de mi vida.

—Duncan Wolf, ¿eh? —Dice Nina pensativa. —Me alegra por ambos. Es un buen macho.

Repito más o menos las mismas palabras que Ewan me ha dicho quizá una hora antes y yo miro a la Osa con preguntas bullendo en mi mente.

—Nina. —Le digo, llamando su atención. La Osa levanta la vista de su propia taza de té y me mira con expectación. —¿Qué sabes de los Wolf? ¿Y de las Leyes de Emparejamiento? ¿Puedes contarme algo?

Ella sonrío, y puedo ver que hay cierta tristeza en su mirada que me intriga cuando menciono a los hermanos Wolf.

—Ah. —Dice la Osa con una expresión entre pensativa y resignada. —Las infames Cuatro Leyes del Cortejo de los Lobos.

—¿Y qué dicen esas Leyes? ¿Por qué son tan importantes?

Ella se encoge de hombros.

—Que me maten si sé la respuesta a la segunda pregunta, imagino que se ha perdido en la historia ya que llevan siglos siendo parte de su manada. Aunque todo Cambiante conoce la respuesta a la primera.

Yo escucho atentamente cuando ella empieza a hablar y no dejo de hacerlo hasta que tiene que irse a recoger a las chicas, con la promesa de traerme a Sonya de vuelta mientras yo me doy una ducha y termino de lavar la sangre seca de mi piel y mi ropa, que mucho me temo que voy a tener que tirar.

Mientras dejo que el agua caliente me relaje, repito una y otra vez las Cuatro Leyes que Nina ha mencionado en mi cabeza intentando encontrarles el sentido que los Lobos evidentemente les dan.

Las hembras dirigen, los machos guían.

Las hembras marcan el paso, los machos siguen el ritmo.

Las hembras establecen fronteras, los machos respetan las normas.

Las hembras deciden, los machos acatan.

Las Leyes en sí, pienso, son bastante crípticas.

Cuando pienso en Duncan de nuevo, mi corazón se acelera.

Está claro que voy a tener que dar el primer paso si quiero respetar sus costumbres.

—¡Mamá, estoy en casa!

La voz de Sonya me saca de mi ensimismamiento y yo siento que por fin puedo respirar totalmente tranquila una vez más.

Cuando salgo de la ducha, he tomado dos decisiones:

La primera, que no voy a dejar que Terrence nos arruine la vida una vez más.

Y la segunda, que tampoco voy a permitir que Duncan Wolf se aleje de mi vida nunca más. Ese Lobo es más importante para mí de lo que alguien lo ha sido en mucho tiempo aparte de mi hija, y además sé que le debo mi vida.

Y estoy determinada a que ambas cosas se cumplan en mis términos y condiciones.



Duncan

—Apártate.

Blake está parado frente a la puerta de brazos cruzados.

Su gemelo, Adrien, está apoyado en la pared que hay detrás de mí mientras nos observa con los verdes ojos que comparten ambos, heredados de nuestra abuela, entornados.

Hay un aura de languidez e indiferencia a su alrededor, pero no me fíjo ni un pelo.

Nos llevamos algo más de un año y medio de diferencia y, aunque yo soy el mayor, los gemelos siempre han sido bastante sobreprotectores cuando se trata de mí sin importar cuál fuese mi opinión al respecto.

—Blake. Apártate. —Digo con agotamiento e ira perdiendo la paciencia.

No soy como Ewan o Liam, que se lanzarían a pelear sin pensárselo dos veces cuando alguien les frustra o les lleva la contraria.

A pesar de que quizá soy el más cercano a volverme Feral de la familia, irónicamente tengo más paciencia y autocontrol que el resto de mis hermanos.

—Aún necesitas descansar.

Yo suelto un gruñido irritado y me froto la cara con las manos, sintiendo mi corta barba raspar contra mis palmas.

No es que no aprecie su preocupación a pesar de la exasperante manera en la que tiene de demostrar que le importo, pero ahora mismo en lo único que puedo pensar es en Pam.

Una vez he sanado lo suficiente como para Cambiar sin preocuparme, mi lado humano ha exigido tomar las riendas a pesar de las protestas de mi Lobo.

Mi mente no deja de repetir que, dado que mi lado animal no ha tenido éxito en Emparejarse con mi Compañera, quizá mi forma humana tenga suerte en ello.

Llevo varias horas intentando ser razonable.

Diciéndome a mí mismo que Pam acaba de pasar por un evento muy traumático. Que tiene una hija en la que pensar y que, aunque no hubieran esas circunstancias de por medio, tampoco tiene ninguna obligación para conmigo.

Aunque me duela pensar en ello, el hecho de que seamos Predestinados no significa que ella me deba su amor o su tiempo.

Y yo jamás le exigiría algo así incluso aunque la soledad y las exigencias de mi sangre Cambiante por Emparejarme me lleven a ser Feral al final.

El impulso por encontrar a nuestras Compañeras es tal que año tras año vamos perdiendo el control sobre nuestro Lobo un poco más. Nos volvemos menos humanos y más bestia.

Menos racionales y más instintivos.

Lo sé, y también sé que, sin importar lo que me pase a mí y cómo acabe, el bienestar y la seguridad de Pam son mi prioridad, no mi cordura.

Pero ahora mismo necesito verla o sentirla, aunque sea de lejos.

Necesito acercarme a su hogar y comprobar que están bien ella y su hija. Que el humano no anda rondando por donde no debe.

Que nada ni nadie va a hacerles daño.

No planeo acercarme mucho a la casa. Solo hacer unas cuantas rondas y dejar mi presencia en el lugar. Advertir a los árboles, a la tierra y al viento de que me avisen si notan algo extraño.

—No tardaré en volver. —Le digo a Adrien.

Sé que intentar razonar con Blake es una pérdida de tiempo cuando se pone así. Años de experiencia me han enseñado bien esa lección.

Pero también sé que, si hay una persona a la que Blake escucha incluso más que a Liam o Caidan, ese es su gemelo.

Adrien es el sensato. El racional.

La mayor parte del tiempo, al menos.

Tiene un temperamento más calmo y pensativo que el de Blake, aunque no sea menos agresivo con sus enemigos o menos posesivo con las personas a las que ama.

Solo lo oculta mejor.

Y su ira, cuando estalla (cosa que yo solo he visto en una ocasión), a diferencia de la de su gemelo suele ser algo terrorífico de contemplar.

Blake se enfada, se pone agresivo o dominante, pero una vez deja salir y ventila su cabreo se calma poco después. Y además perdona fácilmente.

Adrien no.

Cuando Adrien decide despreciar u odiar a alguien, es una decisión que probablemente ha tardado en tomar. Una decisión que, como suelen serlo todas con mi obstinado hermano, será inamovible como una jodida montaña.

Blake es un géiser.

Adrien un volcán.

Uno está perpetuamente bullendo y el otro puede pasar años estando aparentemente tranquilo y estallar sin previo aviso, haciendo arder el mundo y cambiándolo todo a su alrededor para siempre.

Veo a Adrien pensarse si dejarme ir o no y rechino los dientes con ira.

Incluso aunque sea un Lobo paciente, ello no significa que vaya a permitir que me controlen como si fuera un niño. Me toca los cojones que crean que tienen derecho a decidir por mí qué es lo mejor para mí y qué no lo es.

Soy mayorcito. No necesito niños.

Sé que en un uno contra uno puedo ganar en una lucha. Pero también sé que ellos no pelean ni solos ni siguiendo las reglas.

—Muy bien. —Dice Adrien al final, y yo siento mis músculos destensarse. —Déjalo ir.

Aún estoy cabreado con ellos, pero ponerme a pelear con mis hermanos en mitad de mi habitación cuando además no estoy en mi mejor forma física, sin contar el hecho de que mi adorada sobrina, Samara, y mi cuñada y Alfa están durmiendo tres puertas más allá de la mía y probablemente el jaleo los despierte, no es una decisión sensata.

No soy como Ewan, si tengo que jugar con las reglas de alguien más durante un tiempo, puedo aguantarlos sin estallar.

—Adrien. —Sisea Blake, cabreado con su gemelo.

Los veo mirarse fijamente el uno al otro y sé que están teniendo una de sus discusiones mentales.

Por suerte, Adrien es quien gana.

Con una mirada contrariada y expresión de cabreo, Blake se hace a un lado y yo cojo la mochila que he dejado a los pies de la cama después de que mis hermanos irrumpieran en mi habitación demandando saber por qué no estaba en cama descansando y pongo rumbo al bosque sin despedirme.

Me detengo en un claro cercano y me desvisto, metiendo los vaqueros, suéter, calcetines y botas en la mochila y Cambiando de nuevo a Lobo.

Mi herida aún está tierna e inflamada, pero es un alivio poder hacer el Cambio sin problemas y sentir que puedo volver a correr sin demasiados impedimentos.

Cojo la mochila con la boca procurando no romperla y pongo rumbo al borde oeste de nuestro territorio, donde colinda con el de los Osos pardos.

Me guío por la llamada que siento en mi sangre y que me atrae como un imán hacia mi Compañera y por el susurro de los árboles a mi alrededor.

No tardo en llegar.

Y lo primero que noto es que la casa y sus alrededores apestan a Osa.

A Nina, para ser más exactos.

Me detengo en el borde del jardín trasero, delimitado por una valla baja de madera pintada de blanco, y extendiendo mis sentidos.

Nina está al otro lado, cerca del borde de los árboles donde empieza su territorio.

La joven Alfa de la manada de los Osos es una vieja conocida pero, aunque hemos sido amigos desde que éramos cachorros y solíamos corretear juntos por la ciudad imaginándonos cómo serían nuestras futuras Parejas, el hecho de que esté haciendo guardia alrededor de la casa de mi Compañera me confunde.

Y hace que mi Lobo erice su pelaje preparándose inconscientemente para un posible desafío que mi mente racional sabe que no va a ocurrir.

Soy el único que sabe quién es la Pareja de Nina.

Ni siquiera su manada es consciente de ello.

Ni tampoco mi hermano, sospecho. Aunque es difícil saberlo con Caidan ya que es un macho mucho más privado incluso que yo.

Y sé que somos prácticamente familia aunque nunca haya dicho nada al respecto, sabiendo que para la Osa es un tema mucho más complejo y delicado de lo que es para nosotros y que su Clan tiene Leyes muy diferentes a las nuestras sobre los Emparejamientos que ella, como Alfa, está obligada a acatar le guste o no.

—Nina. —La saludo Cambiando de vuelta a humano.

Ella, en forma de Osa, hace un sonido de disgusto al verme desnudo, pero a mí no me avergüenza que me vea así.

Los Cambiantes tenemos una percepción de la desnudez diferente a la humana.

Algunos nos sentimos cómodos vestidos tan solo con nuestra propia piel en cualquier forma y otros prefieren guardar su aspecto humano solo para los ojos de su Compañera, pero de todas formas para nosotros el desnudo no es ni algo inherentemente sexual ni de lo que avergonzarse.

A no ser que nuestra Predestinada o Predestinado esté de por medio.

Aunque Nina, desde que nos volvimos adultos, piense lo contrario.

La Osa se da media vuelta y se interna entre los árboles, y yo la escucho murmurar maldiciones entre dientes mientras rebusca entre las raíces por su bolsa y se viste y, encogiéndome de hombros, abro mi propia mochila y me pongo los vaqueros para que no se pase todo el rato quejándose.

A pesar del frío, yo apenas lo noto.

Nuestros cuerpos siempre tienen una temperatura más alta que la humana y suelen regularse a sí mismos sin ayuda, así que las temperaturas extremas no nos afectan tanto.

Nina reaparece vestida con un largo vestido rojo de mangas largas con estampado de hojas otoñales y un par de botas moteras y me mira con el entrecejo fruncido.

—Ni siquiera llevas el móvil encima, ¿a qué no?

Yo me encojo de hombros.

Siempre me lo olvido o lo pierdo en alguna parte.

Ni siquiera me acuerdo de dónde lo he dejado esta vez.

Seguramente Aaron lo haya encontrado y esté maldiciendo mi nombre con mi teléfono guardado en uno de sus cajones esperando a que yo lo necesite y vaya a pedírselo para así poder echarme la bronca como siempre hace.

—Te he llamado unas cuantas veces.

Me tenso al escuchar su tono.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Extiendo mis sentidos una vez más.

Pam y otra presencia, femenina pero claramente no adulta, están durmiendo tranquilamente en el interior de la casa.

Calculo que deben ser alrededor de las cuatro de la mañana y que todo está en calma y me relajo.

—Tu Compañera me lo ha contado todo.

Miro a Nina con expresión dura.

—Lo de su ex y tu herida y la historia que tiene con el cabrón ese. —Me aclara ella antes de contarme lo que ella le ha dicho sobre Terrence y su hija Sonya.

Yo siento mis caninos alargarse cuando la escucho mencionar al ex de Pam. Aún puedo sentir el sabor de su sangre en mi boca, aunque sea más un recuerdo que otra cosa, después de la limpieza y de las jodidas pociones que Caidan me ha obligado a tragarme.

—No es la primera vez que intenta matarla, Duncan.

Las palabras me dejan helado.

El pensar que mi Compañera ha sufrido dos intentos de asesinato y a saber qué más me hace desear haber despedazado al hijo de perra cuando tuve la ocasión.

Haberme asegurado de que estaba muerto.

—En fin. —Dice Nina frotándose el rostro y ahogando un bostezo. —Si vas a estar tú por aquí será mejor que vaya a intentar dormir algo. Mañana trabajo.

Yo asiento y le doy las gracias.

Sé que le debo mucho a la Osa, aunque si se lo digo lo negará y me dirá que los amigos están para eso.

Me siento culpable por no poder hacer nada por ella o por mi hermano, pero no hay mucho que yo pueda hacer si ni siquiera conozco las Leyes de su manada y, como todos los Osos, Nina se calla las tradiciones de su Clan como si fueran un secreto de estado.

La Osa me asegura que ya ha avisado a su Clan que patrullen su propio territorio con más regularidad y me aconseja hacer lo mismo y avisar a mis hermanos, y además me comenta que mañana, cuando vaya a la comisaría, rehará las rutas de varias patrullas para que se encarguen de vigilar los puntos potenciales por los que Terrence, el ex de Pam, pueda intentar acceder a Green Valley.

Nina, como muchos en su familia, ha sido policía prácticamente desde que se graduó.

De mismo modo que los Lobos tenemos la tradición de que nuestro Alfa forme parte de Consejo que gobierna Green Valley, los Osos siempre han formado parte del cuerpo de policía del lugar desde su fundación.

Una vez la Osa desaparece rumbo a su casa, yo dejo la mochila contra un árbol y me doy una vuelta por los alrededores.

Mis sentidos me dicen que no hay nada más que animales comunes y corrientes a mi alrededor y que el vecino más próximo, una anciana humana llamada Gilliana Grooves que conozco bastante bien puesto que solía ser nuestra profesora de geografía e historia en el instituto, está a algo menos de medio kilómetro de distancia.

Y que mi hermano Ewan y Natalie están también cerca y todavía despiertos y haciendo guarradas en el jardín, probablemente, dado la energía que desprenden sus cuerpos y lo cerca que están el uno del otro.

Aparto la mente de ellos rápidamente.

La casa está construida en un pequeño claro entre altos cipreses y sé que solía pertenecer a Wallace y Hazel Laurent antes de fallecer y que su herencia pasara a su única hija, que la tiene alquilada.

La pareja pidió permiso para construirla en este lugar tanto a los Osos como a los Lobos en época de mis abuelos, ya que se sentían más seguros viviendo justo en la frontera de nuestros territorios después de que el exmarido de Hazel los

hubiera amenazado de muerte cuando vivían en Nueva York.

Aquí vivieron en paz hasta el final de sus días junto a su hija, y que el destino haya traído a Pam y a su hija hasta aquí en las mismas circunstancias es un giro inesperado. Las casualidades de la vida son muchas y muy curiosas.

Sentir la presencia de Pam a mi alrededor, aunque no esté lo suficientemente cerca como para tener a mis dos naturalezas cómodas y contentas, ayuda a calmar mis pensamientos.

Sobre todo, el sentir que está a salvo, tranquila y protegida.

Hago guardia el resto de la noche y la madrugada y dejo que mi mente vague por el bosque, estableciendo alarmas y guardando en mi memoria cómo se siente la presencia de la hija de Pam para de esa manera saber si está en peligro algún día y poder acudir a protegerla a ella también.

Las primeras luces del amanecer llegan antes de lo esperado.

Los árboles, viejos conocidos desde mi niñez, me saludan al pasar enviando emociones y latidos. Susurros y secretos. Y yo paso la mano por sus cortezas y troncos como hacía de niño dejándoles sentir mi presencia.

La conciencia del bosque es un latido constante y equilibrado.

Habla de estaciones; de corrientes; del calor y el brillo del sol en sus hojas y de la lluvia que cae alimentando sus raíces y los ríos que corren llenos de vida atravesando el gran bosque.

Está vivo.

Tanto como puede estarlo un organismo compuesto de billones de otros organismos que comparten un ciclo simbiótico de vida y muerte inagotable desde los inicios del mundo tal y como lo conocemos hoy.

Es un bosque muy antiguo. Ha visto edades transcurrir una tras otra y a los humanos y los Cambiantes pasar de ser meros animales a ser seres pensantes.

Y me saluda como lo haría una madre cuando siente mi presencia caminando sobre sus raíces y bajo sus ramas.

Estar en el bosque siempre me calma.

Me ayuda a centrarme, a sentirme en paz conmigo mismo.

Es algo que mis hermanos solo sienten a un nivel básico y que por tanto no pueden comprender.

Siempre ha sido algo mío, algo privado de lo que apenas hablo con nadie, un preciado secreto que comparto solo con el bosque, pero ahora me encuentro pensando que quiero compartirlo todo con Pam.

Mi vínculo con el bosque. El amor que siento por él. Y provenir de él. La voz de los árboles, de los ríos y el viento, que cada mañana da la bienvenida al sol y

cada noche a las estrellas, siempre latiendo al compás de los cielos y de la tierra.

Aunque he intentado explicarles a mis hermanos cómo se siente más de una vez, nunca he querido ni podido compartirlo todo con ellos. Siempre me he guardado el alcance de mi vínculo con el viejo gran bosque para mí.

Pero con Pam es diferente.

Ella es diferente.

—¿Duncan?

Me giro con una expresión de sorpresa en el rostro.

Estaba tan ensimismado y tan centrado en sentir el confort de la presencia del bosque mezclada con la de mi Compañera que ni siquiera me he dado cuenta de que ella se estaba acercando.

—¿Eres Duncan, verdad? Mi Lobo. —Se ruboriza al decir eso último, como si se le hubiera escapado sin querer y ahora estuviera avergonzada.

Es tan hermosa que apenas puedo pensar de manera coherente.

Las primeras luces del sol iluminan su figura desde atrás creando un halo sobre su cabello oscuro, que lleva suelto y cae liso y brillante hasta rozar sus hombros.

Su rostro es igual de bello que lo recordaba y su figura, cubierta por una bata de lana que lleva atada sobre el pijama, me hace querer hacer un mapa de sus curvas con mis manos.

Trazar la longitud de sus piernas con mi lengua y hundir mi cabeza entre sus pechos.

—Sí. —Respondo yo con voz ronca tras darme cuenta de que ella sólo me ha visto en forma de Lobo y nada más.

Ella tiene la vista fija en mi pecho desnudo y a mí el deseo que veo ahí me hace querer erguirme como si fuera un macho inmaduro sacando pecho con arrogancia para hacerme notar.

Pam carraspea y aparta la mirada de mis abdominales para subirla hasta mi rostro y yo veo que tiene una sonrisa avergonzada y distraída en los labios.

Y siento la urgencia de besarlos. De probar su sabor y hundir mi lengua en su boca y enredar mis dedos en su pelo.

—¿Es costumbre eso de vagar por el bosque a estas horas sin camiseta ni zapatos? ¿No tienes frío?

Observo su rostro con detenimiento.

Parece cansada, pero ya no hay miedo en sus ojos ni en su postura.

Está tranquila y se siente a salvo y ello me hace respirar con mayor normalidad y soltar el aliento que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

Algo dentro de mí, ese instinto primitivo que anhela verla feliz a toda costa, se aligera y aletea de felicidad, y yo me encuentro haciendo algo que no hago muy a menudo: sonreír.

—No sentimos frío como lo haría un humano. —Le respondo. —Nuestros cuerpos son más calientes.

La palabra «calientes» hace que sus ojos se oscurezcan y que se pase la lengua por los labios, y no es difícil para mí deducir, por su comportamiento y por el delicioso aroma de sus hormonas, que me encuentra atractivo. Muy atractivo.

Y ello me hace sentirme muy complacido.

—¿Quieres pasar a tomar un café o tienes que proseguir con.... con lo que quiera que estés haciendo apoyado en ese árbol?

Yo me río entre dientes y asiento, tan feliz de que ella me haya invitado a su casa como si fuese un cachorro sin inhibiciones. Sé que si estuviese en forma de Lobo estaría meneando la cola como un idiota y no me importa en lo más mínimo.

—Sería un placer. Gracias.

Ella me sonrío de nuevo y yo le digo que tengo que recoger mi mochila porque necesito ocupar mis manos con algo o la besaría allí mismo y a la mierda las Leyes.

Tengo tantas ganas de caminar hasta ella, aspirar su olor en mis pulmones y acunar su rostro entre mis palmas que me duelen los músculos de lo tenso que estoy al contenerme.

El olor del café recién hecho me saluda al entrar en la casa y ella se gira y me sonrío de nuevo.

Y yo pienso que podría acostumbrarme a vivir así el resto de mis días y jamás desearía nada más en la vida.



Pam

Dios mío, me va a dar algo.

Levantarme y encontrarme a un dios Vikingo pagano medio desnudo detrás de mi jardín no es algo que me suceda todos los días.

Sabía que los Lobos eran atractivos, y los que he visto hasta ahora han sido todos más guapos que un modelo de pasarela pero, Dios, Duncan me va a matar si sigue mirándome así.

Y si se quita el suéter de nuevo.

Esos músculos dignos de Thor, su altura, su cabello rubio hasta los hombros, y sus ojos grises y barba de unos días podrían hacer a cualquiera babear y perder todo rastro de pensamiento coherente al verlos.

De hecho, el Lobo me recuerda a ese actor australiano protagonista de las películas sobre el dios nórdico.

Solo que más alto y de apariencia más salvaje.

Mis hormonas están en descontrol y mis braguitas se sienten pegajosas y estoy segura, por la forma en la que me mira con los párpados caídos y que aspira por la nariz de vez en cuando mientras sorbe su café sentado al otro lado de la mesa de la cocina, de que él lo sabe.

De que lo huele.

Y eso, en vez de avergonzarme, me pone aún más cachonda.

Eso, y el bulto de sus pantalones que he visto cuando estaba inclinada a su lado con la excusa de rellenar su taza de café y en el que mis ojos se han clavado como si yo fuese el mutante ese de los rayos en los ojos que aparece en los cómics.

Me siento como una especie de depredadora sexual. Pero en el buen sentido.

En el sentido de que quiero escalar esos abultados bíceps y morder sus pectorales como si fuese una mona en celo. Y también desatarme la bata, bajarme los pantalones del pijama y pedirle que me monte allí mismo, contra la mesa.

Y tengo la sensación de que él lo haría si yo se lo pidiese y de que ambos lo

disfrutaríamos *mucho* si no fuese porque tengo que estar constantemente recordándome que mi hija está todavía durmiendo escaleras arriba.

Aunque eso no me impide imaginármelo. De manera muy explícita.

Me abanico con una mano mientras me llevo la taza medio vacía de café a los labios.

Cuando he imaginado cómo sería Duncan en su forma humana, nunca he pensado que sería así.

Lo había imaginado oscuro y alto como su hermano Liam o más bajo y fornido como Ewan.

Pero su aspecto físico real es mejor. Mucho mejor.

Le da mil vueltas a cualquiera que yo haya logrado imaginarme.

Y me pone más cachonda de lo que he estado nunca.

—¿Quieres más café? —Barboteo con ganas histéricas de reírme sin saber por qué.

Quizá sea de la vergüenza que siento en cuanto veo que él se ha fijado en que he vuelto a descender la vista hasta sus bíceps y que no puedo apartar los ojos de ahí.

Dios qué bíceps.

Seguro que podía levantar un coche con ellos.

Quiero verlo levantando pesas. Me pregunto si lo hará.

Y si me dejará mirar.

O si me levantaría a mí.

Me imagino lo fácil que será para él el sostener mi peso mientras me empotra contra la pared y tengo que contener un jadeo de necesidad.

Parece que me haya tomado una viagra. O lo equivalente para las mujeres.

—No. Gracias. —Dice él con una calma que yo soy incapaz de sentir. — Aunque estaba delicioso, creo que ya he tomado bastante.

Yo asiento porque estoy enmudecida por lo bien que su suéter le marca los pectorales.

Me pasa por la cabeza que quizá él está siguiendo los mismos pasos que su hermano Ewan y seduciendo a su Compañera (y la palabra Compañera me hace sentir un calor algo diferente en el vientre. Mucho más inocente y gentil), pero en cuanto miro sus ojos honestos y directos lo descarto.

Algo dentro de mí me dice que Duncan es del tipo directo pero respetuoso y que no tiene un ápice de deshonestidad en los huesos, ni siquiera para esto.

Y me sorprendo cuando me siento un poco decepcionada. O quizá más que un poco.

Una buena parte de mí quiere que este hombre salvaje pero dulce intente seducirme. Y esa misma buena parte de mí también me susurra que no sería difícil que lo hiciera.

Basta con que se quite el jodido suéter y me siga mirando como si yo fuera la mujer más bella y deseable del planeta.

—¿Tu hija va a ir esta mañana al colegio? —Me pregunta con interés interrumpiendo mi retahíla de pensamientos indecentes.

Hoy es lunes y se supone que Sonya tiene que empezar sus clases (o continuarlas, más concretamente, dado que ya lleva más de un trimestre con el curso empezado) y dentro de un rato tendré que despertarla si no se levanta por sí misma y empezar a plantearme el buscar dónde queda la parada del bus en el móvil, porque está claro que ya no puedo llevarla en coche como planeamos y que estamos a más de un cuarto de hora en coche de la escuela así que ir andando nos levaría una eternidad.

—Empieza hoy en su nuevo colegio. Así que tengo que ver dónde queda la parada del bus.

Me descubro hablando con él de Sonya y de mi vida antes de llegar a Green Valley como si hubiésemos sido amigos de toda la vida.

Es fácil hablar con un hombre que escucha cada una de tus palabras con respeto y empatía y que no te interrumpe.

—Si quieres. —Me dice cuando le cuento que mi coche no está todavía arreglado y que los del seguro se lo han llevado a un garaje, pero que su cobertura no cubre nada más que eso así que pasará un tiempo hasta que lo pueda arreglar por mí misma. —Puedo prestarte mi coche.

—Oh. No. —Me apresuro a decir yo. El hombre ya ha hecho bastante por mí, Alma Gemela o lo que sea o no, y ello incluye el recibir un disparo por protegerme del loco de mi ex además de dejarme montar en su espalda y todo lo demás. —No te preocupes, nos las apañaremos.

—Insisto. —Dice él con una sonrisa. —Nunca lo uso y lleva más de un año aparcado en el garaje. Aaron y Blake lo mantienen por mí y mi hermano Liam lo compró como un regalo de cumpleaños cuando cumplí diecisiete con la esperanza de que me animara a pasar más tiempo como humano, pero yo nunca le he dado mucho uso.

—Prefieres correr como Lobo. —Digo sintiendo mi voz suavizarse.

Me siento hipnotizada por su belleza.

No solo su rostro o su físico de infarto, sino la bondad, la honestidad y la genuina alegría que veo en sus ojos cada vez que me mira.

—Sí. —Asiente él. —Si tengo que ir a algún lugar, prefiero el Cambio. Procuero llevar siempre conmigo mi mochila si voy a ir a la ciudad y Cambiar y vestirme antes de salir del bosque o en las casetas de alguno de los parques.

Eso es algo en lo que me fijé cuando paseé con mi hija por la ciudad: que en los parques habían casetas de madera o ladrillo en las que ponía «cambiador». Sonya y yo habíamos comentado lo curioso que era eso y habíamos hecho suposiciones sobre ello.

Me hace deducir que no es el único Cambiante de Green Valley que prefiere moverse así por la ciudad.

—Entonces, si no te importa...

La verdad es que a mí me vendría genial tener un coche, y él parece tan feliz de ayudar y me dedica una sonrisa tan amplia que las últimas barreras hechas de paranoia y desconfianza que tenía contra este hombre, contra este Lobo (y contra cualquiera), se derriten como si su hielo hubiera sido expuesto al sol.

Duncan Wolf, me doy cuenta, se ha metido muy hondo en mi corazón en tan solo un par de días.

Y no sé si es nuestro vínculo hablando o es algo más, pero sí sé que lo quiero ahí, en mi pecho y en mi mente y en mi vida.

Él se va con la promesa de traerme el coche esta misma mañana y yo siento que el mundo es más feliz, más alegre, más brillante y amable y bueno, solo porque él ha estado aquí y porque sé que voy a verlo de nuevo pronto.

—¿Mamá? ¿Por qué estás cantando?

Sonya, todavía en su pijama de dibujos animados, me mira con confusión desde la puerta de la cocina con el pelo adorablemente revuelto.

A mí me ha dado tiempo a vestirme y a empezar el desayuno mientras ella todavía dormía. Siempre le cuesta levantarse aunque el despertador suene varias veces.

—¡Buenos días, mi princesa! He hecho pancakes para desayunar, siéntate y los sirvo en un minuto.

—¡Qué rico! —Se lanza con una sonrisa a sentarse en la mesa, y yo sonrío más ampliamente que antes y la veo devorar sus tortitas con arándanos como si no hubiera un mañana.

Me hace tan feliz verla tan contenta y tan calmada a pesar de que sé que está nerviosa ahora que va a ir a un nuevo colegio. Me alivia que el haber conocido a Kate, que también va a ir a la misma clase, la haya relajado tanto y ya no tenga tanta ansiedad.

—Ve a vestirme, que un amigo nos va a dejar un coche para que te lleve y no

tardará en llegar.

—¿Un amigo? —Pregunta mi hija con los ojos brillantes por la sospecha, y los entorna cuando yo me ruborizo como una colegiala y sonrío de nuevo cuando pienso en él. —¿Qué amigo?

—Se llama Duncan y es un gran amigo mío. —Le digo. No me importa en absoluto que lo conozca desde hace tan solo un día y algo. Ni que la palabra «amigo» se sienta como que no es suficiente para definir lo que compartimos. — Y nos va a prestar su coche para que pueda llevarte al colegio.

Sonya sigue mirándome con sospecha. Mi niña suele ser muy celosa con mi tiempo y mi atención y nunca le gusta que los hombres, especialmente, se me acerquen mucho. Pero yo estoy dispuesta a intentarlo todo para que mi Lobo y ella se lleven bien.

—¿Y no podemos ir en bus? ¿O con Kate?

—Kate ya te dijo ayer que ella tiene que ir antes de que las clases empiecen porque es delegada este año, e ir en bus está fuera de cuestión. Ni siquiera sabemos si hay una parada cerca.

Sonya se pone de morros y yo doy un suspiro y me siento frente a ella en la mesa de la cocina.

—Escucha, mi princesa, sé que están habiendo muchos cambios en nuestras vidas, pero no todos ellos son malos, ¿verdad?

—No sé. No me gustan los *cambios*. Son malos.

Qué tozuda es, pienso negando con la cabeza.

—¿Y qué hay de Kate y Nina? ¿Son ellas malos cambios?

Veo la duda y la culpa en la mirada de Sonya y me siento mal por ello pero también sé que ambas necesitamos tener esta conversación si no quiero que rechace de plano a cualquier persona que se me acerque.

Incluso miró a Nina con sospecha durante un rato cuando empezó a hablar conmigo para convencerme de que la dejara quedarse para ir a pescar con Kate.

Sonya es muy protectora conmigo. Tanto como yo lo soy con ella.

Durante muchos años, solo nos hemos tenido la una a la otra.

—No. —Admite ella a regañadientes. —No lo son.

—¿Y crees que podrías darle una oportunidad a mi amigo?

—¿Es buena persona? —Cuestiona ella con sospecha, mirándome con seriedad.

Y a mí el que sienta la necesidad de preguntar algo así siendo tan joven me rompe un poquito más el corazón.

—Sí. —Le digo con toda seguridad. Y soy honesta en mi respuesta.

Descubro que confío en Duncan más de lo que he confiado en otro adulto jamás.
—Lo es.

—¿Lo prometes?

Me trago las súbitas lágrimas cuando veo la vulnerabilidad en los ojos de mi hija.

—Lo prometo. —Le digo suavemente.

Ella me mira a los ojos antes de asentir con parquedad.

—Vale. Le daré una oportunidad.

—Gracias, cariño. —Me levanto y me inclino a besarle la frente a pesar de sus protestas sobre que ya no es una niña cada vez que hago algo así, y el desayuno transcurre con tranquilidad hasta que escuchamos el sonido de un motor aparcar frente a la casa.

Con una expresión de curiosidad y ansiedad a partes iguales en el rostro, mi hija abre la puerta de cristal de la cocina que da al jardín delantero y sale por ella antes de que a mí me dé tiempo a ponerme los zapatos y quitarme el delantal.

—¡Joder! —La escucho exclamar a voz en grito.

—¡Sonya! —Le grito yo en respuesta saliendo a toda prisa por la puerta. —
¡Ese lenguaje!

No es propio de ella hablar así, y en cuanto me fijo en el coche que hay aparcado frente a la casa comprendo qué es lo que le ha sorprendido tanto.

Es el Ferrari.

El que vi en el garaje de los Wolf.

Rojo, brillante, imaculado, y con más valor económico del dinero que yo he tenido jamás aunque sumásemos el valor de todo lo que he poseído en la vida.

—Joder. —Se me escapa, y escucho a Sonya soltar una risa divertida pero no encuentro las ganas de reñirla.

Duncan sale del coche con una sonrisa.

—Perdona, me ha costado un poco más de lo que imaginaba el volver a familiarizarme con él. No me acordaba de cómo se usaban las marchas.

Yo sigo boquiabierta.

¿Qué clase de persona tiene un Ferrari aparcado en el garaje sin usar durante más de un año hasta que se olvida de conducirlo?

Dios mío, me va a dar algo.

Me pregunto cuánto dinero tendrá mi Compañero.

Aunque tengo la sospecha que él no le da mucha importancia. Probablemente tanto como al Ferrari, es decir: que solo se acuerda de su cuenta bancaria cuando la necesita.

Increíble. No sé qué decir.

—Mamá, ¿de verdad me vas a llevar al cole en un Ferrari?

No sé quién está más histérica: si mi hija o yo.

—Eso parece, cariño.

—Guau. Kate se va a morir de envidia. —Se gira hacia mí en cuanto se le ocurre una nueva idea. —¿Crees que mañana, cuando no tenga deberes de delegada, podemos llevar a Kate al cole también en el Ferrari?

Yo miro a Duncan y lo veo sonreírle a la niña con un afecto que me estruja el corazón de ternura.

—Pues claro que sí. Podéis usarlo para lo que necesitéis y el tiempo que lo necesitéis.

Me imagino yendo al supermercado montada en ese coche y se me escapa la risa.

La imagen es tan inverosímil que me resulta hilarante.

Yo, Pam Cruz, que a veces he tenido dos trabajos para poder pagar las facturas, conduciendo un Ferrari por la ciudad.

De pronto, tengo la sensación de que quizá no sea tan inverosímil.

¿Por qué no?

Recuerdo que de joven siempre quise uno de esos. Incluso tenía un recorte de papel de un coche de lujo pegado en mi agenda escolar como uno de los objetivos de mi vida, antes de que mi madre decidiera gastárselo todo en los juegos de azar y luego me abandonara una vez yo cumplí la mayoría legal para volver años más tarde tras haber falsificado mi firma en varios préstamos y haberme dejado en la ruina.

Y encima ponerse a gritar en mi trabajo que yo le debía dinero a ella por el mero hecho de que ella se había dignado a pagarme la comida y la escuela cuando había sido niña y logrando que me despidieran.

—Muchas gracias, Duncan. —Le digo recuperando mi voz. —Eres muy amable.

Él solo sonrío otra vez y hace un gesto restándole importancia y yo veo que sus orejas han enrojecido.

Adorable no es una palabra que suela aplicarse a un hombre de más de metro ochenta con músculos como troncos, pero extrañamente le queda bien.

—¡Es genial! ¡Gracias! —Exclama Sonya con toda la sospecha olvidada ahora que va a montarse en un coche de lujo para ir a su nuevo colegio y va a poder invitar a su amiga a ir con ella también.

Duncan se rasca la nuca avergonzado y a mí me dan ganas de besarlo.

Y de comprobar si mis dedos son capaces de tocarse entre sí si rodeo su bíceps con mis manos.

Probablemente no.

Sacudo mi mente para despejarla y lo invito a entrar y a comerse unas tortitas, sonriendo y sintiendo la calidez extenderse por mi pecho cuando veo como él y Sonya se ponen a hablar amigablemente sobre el coche y su nuevo colegio y la gente de su edad que él conoce en la ciudad.

—¿Conoces a Kate Bear? Es mi mejor amiga y es una Osa.

—Por supuesto. —Le responde Duncan. —Su tía Nina y yo somos amigos de infancia.

A Sonya le brillan los ojos tras escuchar el nombre de Nina y de repente todo rastro de desconfianza desaparece de su rostro.

—¡Nina es genial! Ayer nos enseñó a pescar. Y luego hicimos galletas con la abuela de Kate.

Yo me mantengo en silencio mientras los observo enfrascados en su conversación, e interrumpo cuando se hace tarde y tengo que recordarle a Sonya que debe subir a vestirse.

—Gracias por ser tan amable con ella. —Le digo a Duncan cuando mi hija desaparece escaleras arriba.

Él se sorprende de mis palabras.

—Es una niña maravillosa. —Me dice con honestidad, y yo me trago las ganas de sentarme en su regazo y besarlo hasta que ambos estemos sin aliento.

—Lo es.

Hablamos sobre Sonya y sobre Kate y me cuenta que Nina y él son amigos desde cachorros (sus propias palabras, que a mí no sé por qué me hacen sonreír al oírlas) y fueron juntos al mismo colegio al que Sonya va a ir.

—Mi cuñada Natalie, la Compañera de Ewan, a veces da clases de pintura allí.

Yo me pregunto cómo será la esposa de Ewan. Si será tan seria y esconderá su amabilidad tras una fachada de hosquedad como hace él.

—A Sonya le encanta pintar.

—¡Mamá! —Protesta ni niña al entrar por la puerta ya vestida. —No hables de mí con otra gente.

—Vale. Vale. ¿Ya estás lista? ¿Lo tienes todo?

Ella palmea su mochila rosada con mariposas hechas de glitter y asiente.

—Sí. Y llevo el horario en el bolsillo por si se me olvida en qué orden van las clases. Y además Kate dice que me estará esperando en la entrada.

Yo me siento más aliviada al escuchar eso último.

Siempre es difícil para ella el adaptarse a un nuevo colegio, y los niños pueden ser tan crueles a veces.

No es fácil para Sonya hacer amigos, así que la joven Osa es una bendición para ambas en muchos sentidos.

—Entonces, ¿nos vemos luego? —Duncan se gira hacia mí con ojos esperanzados y yo me muerdo los labios y asiento conteniendo una sonrisa.

Nunca me había sentido así con nadie.

Como si hubiera mariposas aleteando en mi estómago y mi corazón latiese erráticamente cada vez que le miro. Me siento con ganas de sonreír, con ganas de reír, y eso a pesar de todo lo que ocurrió ayer con Terrence.

Pero algo dentro de mí me dice que mi ex no va a volver a causar problemas y que no tengo nada que temer nunca más.

Es como si se hubiera levantado un peso del mundo y el futuro pareciese brillante y libre y maravilloso, a diferencia de ayer.

Esta mañana me he levantado de un buen humor inagotable.

—Nos vemos luego. —Le digo a Duncan y lo veo sonreír, feliz de poder verme de nuevo ese día.

—Venga, mamá. —Protesta Sonya, impaciente por montarse en el coche. —Que vamos a llegar tarde.

Me despido de Duncan después de cerrar la puerta de entrada de la casa tras nosotros y lo veo caminar hacia el bosque por el retrovisor una vez me meto en el coche, con una extasiada Sonya a mi lado que no deja de toquetearlo y comentarlo todo.

Mis ojos no pueden apartarse de su figura. De sus anchos hombros y su cabello rubio brillando al sol.

Él se gira antes de desaparecer entre los árboles y levanta una mano en señal de despedida y yo sé que va a buscar su mochila y a Cambiar a Lobo, y de repente mi mente se llena de la imagen de una Loba blanca que tiene mis exactos ojos corriendo al lado de uno gris bajo la luz de la luna y mi corazón late apresurado.

—Mamá. —Sonya se mueve inquieta sobre su asiento, ansiosa, y la visión se desvanece tan rápido como llegó y me deja con una sensación de libertad y anhelo que apenas puedo contener. —¿Nos vamos ya o no?

—Sí. Sí. No seas impaciente.

Enciendo el motor y, tras aclararme con las marchas, pongo el GPS integrado para que nos guíe hasta el colegio de Sonya.

Y, durante todo el trayecto, mi mente no deja de volver una y otra vez a la Loba blanca.

Siento como el destino quisiera decirme algo con esa visión.

Algo que forma parte de mí.



Adrien

—Es su Compañera.

Es una afirmación de lo más obvia e innecesaria, pero sé que Blake necesita escucharlo en voz alta.

Además, es también una advertencia.

Mi gemelo ha bloqueado mi mente, cosa que rara vez ocurre, así que no puedo decírselo a través de nuestro vínculo a pesar de que es nuestra manera habitual de comunicarnos.

Blake está preocupado por Duncan.

Lo entiendo.

Yo también.

Es nuestro hermano favorito, aunque sabemos que no deberíamos tener uno (no es que no queramos al resto de nuestros hermanos, pero Duncan es especial). Hemos cuidado de él desde siempre.

Lo hemos vigilado desde siempre.

Y ahora nuestro hermano, que solía correr en el bosque con nosotros durante la luna llena y nos comprende mejor que nadie (quizá porque él también tiene una habilidad inusual que lo diferencia y lo aísla de los demás, como la nuestra), tiene sus ojos puestos en una mujer humana.

Una mujer humana que podría haber hecho que lo maten.

Los Cambiantes somos difíciles de matar, pero no invulnerables, y una bala al corazón o al cerebro es casi imposible de sobrevivir para cualquiera, Cambiante o no.

Blake no responde, pero puedo sentir su intranquilidad en oleadas y sé que me ha oído.

—A Liam y Ewan les ha ido bien. —Le digo.

Otra afirmación obvia.

Blake me mira con ira, y yo sé por qué lo hace.

Duncan no es como ellos.

Duncan es diferente. Más suave. Más tímido, por así decirlo.

Más cercano a su lado animal que cualquiera de nosotros.

Incluso antes de encontrar a su Compañera, ya temíamos que se dejara llevar por su conexión con la naturaleza y la fuerza de la llamada de su sangre de Lobo. Y ahora que la ha encontrado, el peligro se ha vuelto más real.

Más tangible.

Ella tiene el poder de salvarlo o de destruirlo.

Y ello no nos gusta.

No nos gusta nada.

—Ella parece encariñada con él. —Sé que Blake ya sabe todo eso, pero también quiero que comprenda que no vamos a poder intervenir tan directamente como él quiere.

Mi hermano es impaciente, irritable, e insensato, y las ideas que he leído en su mente antes de que me echara me preocupan.

Sé que si llega a traspasar una línea que no debe e intenta forzar a la humana, ya sea mediante la culpa o de otra manera, a que salve a nuestro hermano, tendré que intervenir antes de que sea tarde.

No quiero que la Compañera de Duncan aprenda a temernos o se Empareje con él por compasión y nada más.

Pero, sobre todo, no quiero que mi hermano mayor deje de confiar en nosotros, que nos dé la espalda. Y sé que eso es lo que pasará si intervenimos aunque Blake no pueda verlo así.

Duncan puede que no se obsesione con las Leyes como lo hace Liam, pero su naturaleza es mucho más gentil y esperará lo que haga falta sin intentar forzar las cosas, o seducir a su Compañera como hizo Ewan, hasta que ella tome una decisión.

Y entonces la acatará.

Sin importar que esa decisión sea el final de su humanidad algún día.

La soledad nos mata el alma a los Cambiantes. Nos quita las ganas de vivir poco a poco, y solo nuestra Compañera puede acabar con esa locura que al final nos lleva a ser Ferales.

Es jodido, pero así es nuestra realidad.

He seguido a Blake hasta el límite del bosque, y ahora veo a mi hermano contemplar con ojos pensativos a la mujer de Duncan aparcar el Ferrari frente a la casa y bajar de él mientras habla con alguien por teléfono.

Calculando. Tramando. Pensando.

Y temo que Blake ceda a sus impulsos y se acerque a hablar con ella. A manipularla.

Así que hago lo único que sé que va a funcionar.

Lleno su mente a la fuerza con las imágenes de nuestra Compañera, saltándome sus barreras.

Nuestra Loba.

La imagino desnuda y lista para nosotros, inclinada con sus pechos rozando el suelo y una expresión de lujuria en su vago rostro fantasmal que nunca hemos logrado ver del todo sin importar cuánto lo intentáramos, con sus generosas caderas arqueadas lista para recibirnos, y veo la espalda de mi hermano tensarse y siento su Lobo aullar de deseo y anhelo y posesividad.

Y sé que he ganado.

Siempre funciona.

Aunque tiene consecuencias también para mí.

Estoy duro como una roca y mi pene presiona incómodamente contra la tela de mis vaqueros.

Blake suelta un rugido de ira dirigida contra mí, pero sus ojos están ya lejos de la Compañera de nuestro hermano. Su mente avasallada por el deseo por nuestra propia hembra.

Los sueños que compartimos sobre ella siempre tienen ese efecto en nosotros.

No podemos pensar en nada más que no sea ella.

—La siento cerca. —Gruñe mi hermano antes de transformarse sin ni siquiera detenerse a quitarse la ropa.

Yo también.

Pero no lo suficiente. No aún.

No todavía.

Aún no está aquí, en casa, con nosotros.

Así que todo lo que tenemos son nuestros vagos sueños sobre ella y el hervor de nuestra sangre que nunca se calma, y no lo hará hasta que ella esté junto a nosotros.

Hasta que podamos marcarla y olerla y besarla y adorarla y escuchar el sonido de su voz y probar su sabor.

Mi gemelo ya corre por el bosque, sabiendo que el agotamiento es la única cura para nuestra particular locura, y yo lo sigo tras dedicarle una última mirada a la Compañera de Duncan.

Solo espero que ella sepa lo preciado que es nuestro hermano y la suerte que tiene de poder contar con él en su vida.

Duncan no merece nada menos que eso.



Duncan

He seguido el rastro de Terrence hasta la cabaña en territorio neutral, y no he encontrado nada más que un rastro de sangre seca y unas cuantas provisiones y pertenencias abandonadas a toda prisa.

Tal y como esperaba, Nina, mi hermano Liam y Keodron, Alfa de los Osos polares de la región, han acudido a mi llamada.

Y también puedo sentir que Blake y Adrien andan cerca corriendo por la zona. Probablemente preocupados por mí o por los intrusos o quién sabe qué otra cosa los impulsará.

Por una vez me alegra haberme acordado de llevar mi teléfono móvil conmigo en la mochila, pienso mientras los espero sentado en el porche delantero de la vieja cabaña del tío Sorren.

Liam y Nina llegan en el coche de Liam, mientras que Keodron, el viejo Alfa, llega caminando desde el territorio de su manada, saludando con respeto a los otros dos Alfas y agradeciendo a Liam que le permita caminar por nuestro territorio con libertad.

Keo es un buen hombre. Honorable, como todos los polares y los Osos en general tienden a ser.

Y asombrosamente fuerte, en espíritu y en cuerpo.

El Alfa acaba de cumplir los cuarenta y, a pesar de que es el único de su pequeño Clan que está sin Compañero o Compañera, resiste la llamada de volverse Feral con un aplomo y entereza envidiables.

Cosa que a mí, a mis veintinueve, me ha resultado casi imposible de lograr.

Los tres Alfas se acercan a donde estoy yo sentado tras saludarse mutuamente con cordialidad. Nuestros tres Clanes, aunque existan ciertas rivalidades de vez en cuando y los prejuicios nos superen en ocasiones, siempre han sido aliados y amigos.

Es por ello que para mí no es difícil explicarles la situación, a diferencia de si fuesen enemigos.

Con Liam ya he hablado anteriormente, una vez Pam y Sonya han puesto rumbo a la escuela de la niña y me siento seguro al saber que Ewan y Natalie estarán por allí para echarles un ojo ya que Natalie da clases hoy, así que él, como Nina, ya está al corriente de la toda situación.

Y, tal y como yo esperaba, Keo reacciona del mismo modo que los otros dos Alfas, con furia y deseos de venganza.

De la misma manera en la que cualquier ser decente haría si se enterase de que una sabandija sin honor como Terrence anda suelta por ahí. Y de que además tiene un cómplice que, por el olor, es tan repulsivo como él.

—Ordenaré a mi Clan aumentar las patrullas. —Dice el Alfa polar. —Si se ha escondido cerca de nuestras tierras lo sabremos tarde o temprano.

Yo respondo con un cabeceo de agradecimiento.

—¿El bosque no te dice nada, Duncan? —Pregunta Nina.

Keo me observa con curiosidad.

Sé que la gente murmura y sospecha y asume que sabe algo de mis habilidades (casi siempre ha habido alguien como yo en cada generación de Cambiantes, pero desde hace un siglo o así nos hemos vuelto mucho menos comunes), y que sienten curiosidad por saber el alcance de mi conexión con la naturaleza.

Yo me encojo de hombros mentalmente. De todas maneras, no tengo nada que ocultar sin importar si la gente piensa que soy extraño o no.

—Los árboles me dicen que ha salido de las fronteras de Green Valley pero que todavía está cerca, escondido en alguna parte del bosque.

El bosque es inmenso y ancestral e incluso a mí me resulta difícil extender mi mente más allá del territorio de mi Clan. Y, además, dejar que mi espíritu se separe de mi cuerpo de esa forma para aumentar el alcance de mi percepción sería peligroso.

Sé que si logro rastrear a los humanos hasta estar lo suficientemente cerca con ello bastará para localizarlos.

Solo necesito acercarme más.

Pero ellos se mueven en coche y yo tengo que detenerme cada dos por tres a asegurarme de que estoy siguiendo el rastro correcto, así que la distancia que nos separa se ha hecho cada vez más grande.

Y ello sin contar que en estos momentos, con mi alma aullando de necesidad por estar cerca de mi Compañera, me es imposible alejarme más allá del territorio neutro.

—Si necesitas atravesar nuestro territorio para darle caza a ese pedazo de

basura sin honor tienes mi permiso para ello. —Gruñe Keo cruzándose de brazos con rostro serio.

—Gracias, Alfa. —Le contesto yo inclinando mi cabeza siguiendo el protocolo y la costumbre de su pueblo de ponerme la mano en el pecho a modo de respeto, y le veo sonreír con aprobación a pesar del ambiente tenso.

Keo es no solo un Alfa Oso inmenso. También es un hombre inmenso.

Solía inspirarme admiración y algo de miedo cuando era un crío que correteaba por el bosque cerca de su territorio para ver si así podía llegar a ver a uno de los legendarios Osos polares Cambiantes, tan escasos y misteriosos.

Sus más de dos metros de altura en su forma humana hacen que incluso los gemelos tengan que alzar la cabeza para poder mirarlo a la cara; y sus ojos, de un azul pálido casi translúcido, son casi tan fantasmales como su larga melena de pelo blanco y liso que lleva recogida en las trenzas propias de su gente y adornada con cuentas de plata y madera.

Es una visión imponente y majestuosa.

Incluso Liam y Nina parecen pequeños y jóvenes a su lado.

Los tres Alfas empiezan a hablar de las patrullas, los horarios y demás cosas de alfas, y su conversación pronto se desvía hacia las noticias que han escuchado en la ciudad, a sus asuntos en el Consejo de Gobierno de Green Valley (al que Liam, Keo y la hermana mayor de Nina y madre de Kate pertenecen, entre otros), y a dar felicitaciones a Liam por el nacimiento de su hija Samara.

Mi mente se desvía hacia Pam mientras ellos toman decisiones y llegan a acuerdos y se mueven finalmente al interior de la casa para sentarse a tomar una taza de café caliente y discutir las últimas enmiendas del Consejo y no sé qué más que sinceramente a mí me trae sin cuidado.

Los árboles me susurran que Pam está volviendo a la casa y a mí se me acelera el corazón de las ganas que tengo de verla de nuevo y de escuchar su voz y, antes de darme cuenta, he guardado mi ropa en la mochila y estoy corriendo por el bosque en mi forma de Lobo en dirección hacia ella.

Siento a Adrien y Blake correr en dirección contraria y me pregunto qué harían tan cerca de la casa de mi Compañera, pero mi atención, tras detenerme a Cambiar de vuelta a humano y vestirme, está puesta en mi Pam en su totalidad.

Salgo de entre los árboles con apremio y camino con rapidez hasta que llego hasta a ella, sintiendo que me necesita.

El mundo y sus problemas pueden esperar un rato más.



Pam

Debí de haberlo imaginado.

Soy tan estúpida.

No me puedo creer que me tragase el cuento de ir a firmar papeles al banco. Un *domingo*. Nada más y nada menos.

Mi única excusa es que no conocía todavía los horarios de apertura de este país, y que estaba (y sigo) desesperada por recuperar mis ahorros.

Pero debí de haberlo comprobado. Debí de haber buscado los horarios de los bancos Canadienses antes de aceptar vérmelas a solas con un supuesto banquero (que ahora sí que estoy segura de que debe tratarse de uno de los amigos y cómplices de mi ex, a los que él ha logrado convencer de que él es un mártir que solo lucha por recuperar a su hija y yo una ladrona de niños).

Soy imbécil.

Pero lo hecho, hecho está, y no traerá nada bueno el obsesionarme con ello.

Después de dejar en el cole a Sonya he hablado con el director de su escuela sobre Terrence, como siempre hago y siempre debo hacer cada vez que mi hija empieza en un nuevo colegio para asegurarme de que mi ex no intente llevársela a la fuerza como ya ocurrió una vez.

Es horrible pensar en cómo Terrence influencia nuestras vidas aún sin estar físicamente presente. En cómo el terror que sentimos ambas por él nos moldea y nos obliga a vivir en constante paranoia. Pero es lo que hay por ahora y obsesionarse con ello no me va a ayudar a lidiar mejor con ello. Lo sé por experiencia.

He aprovechado también para hacer un poco de compra y así tener la despensa llena, ya que las noticias dicen que habrá tormentas durante esta semana, así que hay que aprovechar el buen tiempo mientras pueda.

Ir a hacer la compra en uno de los supermercados locales montada en el Ferrari ha sido una experiencia inolvidable. De esas que le cuentas a la gente años más tarde para reírte un rato.

Y el hecho de que algunas personas me hayan tratado como si fuese una

especie de reina (cómo se nota el cambio de trato cuando se creen que tienes dinero) al entrar en sus tiendas (he aprovechado también para comprar unas cuantas cosas que me hacían falta para el hogar: mantas y bártulos de cocina y esas cosas), me ha hecho darme cuenta de la diferencia entre que la gente te vea conducir un viejo Ford de segunda mano a que lo hagan montada en un coche de lujo.

Dejo el teléfono y el bolso sobre la encimera de la cocina antes de volver al coche a por las bolsas.

Tengo la sensación de que alguien me observa de entre los árboles, pero se me pasa rápidamente.

También he aprovechado para hablar con el banco (el verdadero), y me han confirmado que a ellos no les consta que me hayan realizado ninguna llamada y que además no trabajan en domingo.

No sé si enfadarme todavía más con Terrence por haberme tendido una trampa o maldecir mi propia estupidez de nuevo.

Mi único consuelo es que Sonya no ha pasado por nada de esto. Menos mal que Nina y Kate estaban con ella. Menos mal que mi hija no estaba conmigo en el coche.

De solo pensar en ella envuelta en una situación como la que he vivido (y no dudo de que Terrence habría disparado, y lo habría hecho a matar, igualmente, porque más de una vez ha amenazado la vida de mi hija, no solo la mía) me entra un helor en todo el cuerpo y empiezan a temblarme las manos.

Tanto es así, que tengo que detenerme junto al banco de madera que hay al lado de la puerta que da a la cocina y dejar las bolsas ahí porque del mareo casi me caigo de bruces.

Noto la presencia de Duncan antes de escuchar su voz preocupada.

—¿Estás bien?

El Lobo me pone una mano en la espalda y me ayuda a sentarme, cogiendo las bolsas cuando amenazan con caerse del banco con uno solo de sus brazos con facilidad y entrándolas en la cocina sin apartar de mí sus ojos a través del cristal de la puerta.

Yo apoyo las manos en las rodillas y respiro hondo varias veces intentando calmarme mientras él se sienta a mi lado y me acaricia la espalda de nuevo hasta que me calmo.

Su presencia me ayuda a centrarme.

Quizá sea el vínculo que compartimos, pero sentirlo junto a mí hace que el mundo sea un lugar más ligero, menos terrorífico.

—¿Quieres hablar de ello? —Me pregunta mi Lobo cuando me incorporo, mucho más calmada y capaz ya de respirar con facilidad.

—Terrence. Como siempre. —Le explico, agotada.

A él se le endurece el rostro, y puedo ver que se arrepiente de lo haberse asegurado de que mi ex estaba muerto cuando pudo hacerlo.

A mí me encantaría, pienso yo, ser una Loba como él.

Poder enfrentarme cara a cara a mi ex y ver el miedo en sus ojos antes de acabar con todo este tormento.

Quiero que mi hija viva libre y sin miedo.

Y yo también.

Lo merecemos.

Y sé que la única manera en la que él se detendrá es si está muerto.

—Dicen que las leyes de aquí son diferentes y que los Cambiantes controláis cómo se trata a los criminales. —Le comento a mi Lobo. —Si alguien matara a Terrence, ¿iría ese alguien a la cárcel?

Puedo ver en sus ojos que él sabe exactamente por qué lo estoy preguntando. Y que no me juzga por ello.

Ver su mirada clara y afectuosa no llenarse de asco o de ira o de turbación cuando yo estoy directamente hablando de cometer un asesinato me hace querer aferrarme a él y no dejarlo ir.

Muy pocos saben lo que es vivir años y años y años aterrorizada por el bienestar de tu hija y el tuyo, por vuestras vidas, por la ineffectividad de un sistema de justicia injusto que trata a los criminales como Terrence con más humanidad que a sus víctimas.

Sé que si no hubiera sido por la suerte y porque nos hemos estado mudando de estado en estado y de ciudad en ciudad, e incluso de país como ahora, huyendo de él y sus amenazas y de sus amigos, probablemente mi hija y yo estaríamos muertas o vete tú a saber qué otra cosa horrenda se le habría ocurrido a él hacernos.

Recuerdo las cosas que gritaba cuando me persiguió machete en mano. Como decía que me iba a violar antes de cortarme la cabeza.

Recuerdo el terror y la sensación de impotencia y de estar sola en el mundo sin que a nadie le preocupe que estés sufriendo que sentí ese día.

Cómo creía que iba a morir.

Recuerdo ser consciente de que la justicia no haría nada hasta que mi cadáver apareciera quién sabe dónde y detuvieran a mi ex por asesinato, si es que lo hacían.

Recuerdo todas las veces que he sufrido de terrores, despierta o dormida, por lo que podría pasar a mi Sonya, lo que le podría haber pasado, si Terrence hubiera logrado llevársela consigo.

—Nuestras leyes son muy simples. —Me dice él, y yo me aferro al sonido de su voz como a un salvavidas para salir del pozo oscuro de mi mente. —Si una persona traspasa el territorio de una manada, entonces esa manada tiene derecho a juzgar de qué manera castigarla. Aunque si no se trata de alguien que está intentando cometer un crimen o que nos desea algún mal normalmente lo dejamos ir tras una advertencia. —Me cuenta Duncan sin apartar la mirada de mí.

Sus hermosos ojos me miran con ternura y con preocupación y yo no resisto más y me acurruco contra su costado, apoyando mi cabeza en su ancho hombro y aspirando su aroma. Nunca habría imaginado que el olor de alguien pudiera ser tan confortable, tan acogedor, y al mismo tiempo tan excitante y deseable.

—Y si una persona intenta matar a un inocente en nuestros territorios o es una amenaza para los demás, normalmente las cosas son... más brutales y más rápidas. —Prosigue en voz más baja poniendo su mano sobre mi hombro.

—¿Y no vais a la cárcel?

Duncan se encoge de hombros.

—No digo que todos los Cambiantes sean buena gente a la que le gusta vivir pacíficamente pero...

—Pero esa es la norma, ¿no es así? —Interrumpo yo. —La inmensa mayoría de los crímenes del mundo son cometidos por humanos. Cuando aparece una noticia de un Cambiante que ha cometido un crimen: un robo, un asesinato... es algo tan extraño que se hace viral enseguida.

Duncan ladea la cabeza y me acaricia el pelo apartándolo de mi cara.

—Podemos ser salvajes. —Me dice. —Pero, por normal general, no somos crueles. Nuestra conexión con la naturaleza, aunque sea más intensa en unos que en otros, nos impulsa a comportarnos con honor o a esperar un castigo en consecuencia. Rara vez podemos ocultarle nuestro espíritu a otro Cambiante, y solemos saber quién es buena gente y quién no por su aura.

Ah. El aura.

Yo siempre lo he llamado instinto, pienso. Cómo a veces sé si una persona es genuina o no a través de su lenguaje no verbal o de sus miradas.

Pero a mí no siempre me funciona, como es evidente con Terrence.

Y sé que él usa esa palabra porque para él tiene otro significado.

Algo más ligado a ser capaz de ver el corazón de una persona. A ser capaz de

percibir su espíritu. Lo bueno y lo malo.

Yo me pregunto cómo sería el vivir así: sabiendo que nadie puede mentirte o manipularte sin que lo sepas, sea humano o Cambiante. Sabiendo que puedes protegerte a ti misma y a aquellos a los que amas si llegase el caso de tener que hacerlo y que pocas cosas pueden matarte.

Ha habido casos de Cambiantes que han sobrevivido a un tiro en la cabeza.

Su habilidad para sanar es legendaria. Así como su habilidad para rastrear. Y para cazar criminales. Y para mantener la paz de un lugar.

No por nada Green Valley es uno de los lugares más seguros y prósperos del planeta a pesar de su localización remota.

No por nada aquellos lugares con mayor población de Cambiantes suelen ser más seguros y tener menos criminalidad y menos pobreza y gobiernos menos corruptos cuando los Cambiantes están en el poder.

Yo levanto la cabeza de su hombro y miro a Duncan.

Su apuesto rostro. Sus brillantes ojos gentiles. Su cabello iluminado por el sol.

Durante unos instantes, creo poder ver su espíritu. Su misma alma.

Dulce, afectuosa, honorable, gentil y genuinamente buena.

El aire me falla en los pulmones y el amor me consume.

Pero no es un amor impulsivo o temporal, nacido del capricho. No.

Cuando le miro, siento que nos hemos conocido durante mucho, mucho tiempo.

Como si hubiese estado esperando una vida entera para poder volvernos a ver. Como si una parte de mí lo hubiera estado buscando siempre.

Como si lo hubiera echado de menos desde el día en el que nací. O quizá antes.

—¿Nos conocemos de antes, verdad? De hace mucho tiempo. —Me escucho decir como si estuviese hablando otra persona con mi propia voz.

Me siento como si estuviera teniendo algún tipo de experiencia trascendental. Como si mi alma estuviese tocando la suya.

Volviendo por fin a casa.

A él se le suaviza la expresión y me acaricia la mejilla con la punta de sus dedos gentilmente.

—Mi pueblo tiene una leyenda sobre los Compañeros Predestinados. —Me susurra. —Creemos que son Almas Gemelas cuyas almas se enamoraron en los inicios el tiempo, y que se buscan los unos a los otros vida tras vida hasta encontrarse de nuevo. —Yo contengo el aliento y escucho sus palabras como si

todo de repente tuviera sentido para mí. —Y que por ello nos sentimos incompletos y nos invade una nostalgia y un anhelo que no comprendemos hasta que volvemos a estar juntos de nuevo.

En ese momento, para mí todo tiene sentido.

Lo veo todo claro.

Como si algo dentro de mí estuviese abriendo los ojos por primera vez.

Cuando miro a Duncan, veo al Lobo que me devuelve la mirada con el mismo amor que yo siento por él. Con la misma sensación de pertenencia.

Pero también veo a un Lobo de cabello oscuro y ojos grises devolverme la mirada. Le veo envejecer junto a mí. Morir junto a mí. Veo a esos mismos ojos grises en un rostro muy diferente pero igual de amado, y sé que él tiene razón. Que nos hemos conocido muchas, muchas veces: reencontrado, amado, vivido y envejecido y muerto juntos vida tras vida.

Y sé de pronto que yo me habría pasado la vida buscando algo, a alguien, sin saber el qué hasta encontrarle de nuevo.

Porque puede que mi mente lo haya olvidado, pero mi alma no.

Mi alma lo amaré para siempre.

Cuando poco a poco vuelvo en mí, Duncan tiene una expresión preocupada en el rostro y yo me doy cuenta de que he llorado, pero no me importa.

Siento tanto amor por este Lobo, por mi Compañero Predestinado, que temo que me voy a ahogar en él.

—¿Pam? ¿Ocurre algo?

Cogiendo su rostro entre mis manos y sintiendo su barba raspar mis palmas, inclino su rostro y elevo el mío hasta que puedo capturar su boca en un beso tan intenso que apenas puedo respirar por todas las emociones que me embargan.

Sé que en una vida anterior yo fui la Loba y él el humano cuya alma acudió a mi llamada. Hace mucho, mucho tiempo.

No hay ninguna duda en mí, ni un solo resquicio de temor o de confusión. Este hombre me pertenece. Y yo le pertenezco a él.

El beso pronto se vuelve frenético; incontrolable. Como si toda la pasión de una vida entera sin vernos se desbordara en ese instante.

Somos incapaces de contenernos.

Mi lengua se enreda con la suya en una danza apasionada y mis manos acarician todo lo que pueden alcanzar. Le siento acunar uno de mis pechos con sus grandes palmas y gimo contra su boca, perdida en las sensaciones que su tacto me provoca.

Quiero sentirlo contra mí. Piel con piel.

Quiero enredar mis piernas en las tuyas y frotarme contra él hasta que nuestros aromas se entremezclen y el mundo sepa que nos pertenecemos el uno al otro.

—Pam. —Él aparta su boca contra la mía e intenta detenerme cuando empiezo a besar su cuello, su nuez de adán, sus clavículas. —Pam. ¿Estás segura? Después de esto no hay vuelta atrás.

El sonido que sale de mí es una mezcla entre ternura, necesidad y una emoción que soy incapaz de poner en palabras.

Por supuesto que él pregunta. Porque mi Compañero es incapaz de hacer algo sin asegurarse que yo voy a estar bien con ello de antemano.

—Sí. —Le digo con desesperación. —Sí. Por favor.

Necesito sentir su alma contra la mía con una desesperación que creo que me rompe todo ápice de cordura.

He esperado este momento toda una vida.

Duncan suelta un gruñido tan necesitado como el mío y se da por vencido, capturando mi boca en un beso más abrasador que el anterior.

Mis manos levantan su suéter para colarse por debajo y así acariciar la dura y suave piel de sus abdominales, y él se separa un momento de mí para quitárselo y lanzarlo sobre unos matorrales de manera impaciente.

Nos besamos como si quisiéramos consumirnos el uno al otro y nos deshacemos de nuestra ropa hasta estar desnudos piel contra piel. Apenas siento el frío otoñal en el aire con el calor del cuerpo de mi Compañero envolviéndome.

Cuando lo empujo sobre la hierba y me siento en sus muslos a horcajadas sintiéndome tan mojada que mis jugos gotean hasta manchar su piel y la mía, él eleva la vista y me mira con tal devoción que yo siento como si el tiempo se detuviera en esos mismos instantes.

Como si cada segundo durase una eternidad en su perfección. En la veneración que veo en sus ojos. En su amor.

Me apoyo sobre mis rodillas a cada lado de sus piernas y cojo su miembro con una mano para guiarlo a mi interior, hundiendo su longitud lentamente hasta estar de nuevo sentada sobre sus muslos con él plenamente dentro de mí.

Se siente perfecto. Me llena de una manera exquisita que hace temblar mis paredes interiores, sensibles y húmedas para él.

—Pam. —Jadea él con los ojos brillantes por la lujuria y el placer cuando yo empiezo a moverme. A elevarme y descender una y otra vez, cada vez más rápido, hasta que ambos no podemos emitir nada más que jadeos, gemidos y

sonidos ahogados de placer.

Apoyo mis manos en su pecho para darme más impulso y me muevo con mayor velocidad y firmeza y él acuna mis pechos con sus manos y pellizca mis pezones, y eso es suficiente para que yo alcance la cima con un largo gemido de placer y me derrumbe entre sus brazos con la piel sudorosa y el cuerpo sacudido por los espasmos del intenso orgasmo.

Lo siento besarme el pelo, el hombro, y el cuello mientras me susurra lo hermosa y radiante que soy y yo no puedo evitar sonreír con el rostro escondido en su pecho.

Una vez me he recuperado lo bastante como para dejar de sentir que mis músculos son de gelatina, me incorporo besando su pecho y sintiendo su acelerado corazón latir contra mis labios y me elevo lentamente hasta que él sale de mí por completo, provocando un gemido en ambos.

Con brazos y piernas temblorosas, me dejo caer a un lado de su cuerpo todavía tumbado sobre la hierba y me pongo a cuatro patas con mi trasero apuntando directamente a su fascinado rostro y mis piernas entreabiertas de manera invitadora, lanzándole una mirada de lo más significativa por encima de mi hombro.

Duncan no tarda en captar la indirecta.

Mi Lobo se levanta del suelo tan rápido que a mí se me escapa una carcajada y él me sonrío ampliamente sin ningún tipo de vergüenza mientras se arrodilla tras de mí y pone una mano en la parte baja de mi espalda para apoyarse.

—¿Lista?

Yo resoplo.

—Más que lista.

Él entra en mí de una sola estocada haciéndome jadear por la sorpresa y el placer y comienza a moverse hasta que mis piernas y brazos tiemblan de nuevo y yo no puedo hacer otra cosa que no sea gemir de placer e intentar no caer sobre la hierba de morros cuando mis brazos tiemblan con estremecimientos.

Sus estocadas se vuelven más rápidas, duras y profundas, y yo aprieto las manos en puños sobre la hierba y gimo elevando mis caderas todo lo que soy capaz.

Siento la palma de su mano golpear suavemente contra una de mis nalgas y me escucho a mí misma suplicando que lo haga de nuevo mientras me monta con dureza.

Y él obedece.

Con mucho entusiasmo.

El orgasmo que me sacude me toma por sorpresa y es tan intenso que pierdo los sentidos durante unos segundos por el placer y escucho a Duncan rugir su propio goce.

Su semilla caliente me llena, pero a mí no me preocupa, ya que sé que los Lobos no tienen cachorros si no están en Cielo a pesar de que ni siquiera lo he tenido que preguntar. Es un conocimiento que viene a través de esa puerta que se ha abierto en mi alma. Que forma parte de mí.

Él se inclina poniendo sus musculosos brazos a cada lado de mí, procurando no aplastarme con su considerable peso, y bombea frenéticamente sus caderas contra las mías hasta que su nudo se hincha en mi interior dejándonos entrelazados físicamente el uno con el otro.

Nuestros espíritus están unidos.

Nuestro placer los eleva hasta que se enredan el uno con el otro, como si sus luces se entrelazaran y fusionaran, y sé que jamás volveremos a estar solos.

Que somos las dos mitades de un todo. Como lo fuimos en vidas pasadas.

Poco a poco, su nudo se desinfla lo suficiente hasta que él puede salir de mi interior, y yo me doy la vuelta y beso sus labios una vez más.

Es un beso tierno y dulce. Lánguido y lleno de promesas.

Somos uno.

Siento mi sangre bullir en mis venas. Como si estuviera cantando. Y sé que el Cambio a Loba empezará pronto, más pronto de lo habitual, y que yo volveré por fin a ser yo misma de nuevo y podré correr junto a mi Compañero por los bosques ancestrales que vieron nacer a nuestra especie hace milenios.

Como debe ser.

Duncan susurra mi nombre con devoción y yo repito el suyo y me acurruco contra él cuando él me coge entre sus brazos y se pone en pie con una facilidad que me llena de deseo (y de muchas y variadas ideas sobre lo que hacer con esa fuerza suya) y nos lleva al baño de la planta de arriba para que podamos darnos una buena ducha caliente.

Mientras el agua cae caldeando mi piel y sus manos llenas de jabón acarician mi cuerpo con silenciosa ternura, yo lo beso de nuevo, y hacemos el amor una vez más maniobrando para no resbalarnos y riendo como niños cuando tenemos que cambiar de ángulo para evitar acabar despatarrados en el suelo.

—Te amo, Duncan Wolf. —Le confieso con honestidad brillando en la mirada y en el alma.

Él se derrite con mis palabras. Este enorme dios Vikingo de corazón gentil, y sonrío tan ampliamente y con tanta felicidad que casi parece un niño. Inocente y

dulce y lleno de veneración por mí.

—Y yo a ti, mi Compañera. Mi Pam. Para siempre.

Y sé que es una promesa que durará hasta el final de los tiempos.



Epílogo I

Pam

Un mes y medio después....

Está, como yo sospechaba, con uno de sus amigos.

Es de noche y la luna y las estrellas son suficientes para que mis ojos puedan ver con claridad, pero el que los dos hombres tengan encendidas las luces del interior de la cabaña hace más fácil el poder localizarlos.

La nieve cubre el terreno como un manto blanco reflejando la luz y se confunde con mi pelaje. El invierno está empezando y las primeras nevadas ya han llegado a Green Valley.

Unos metros más allá de donde estoy yo, Duncan hace guardia.

Liam, Blake, Adrien, Natalie, Ewan y Aaron rodean el perímetro, mientras Caidan y Sheila se han quedado atrás a cuidar de Samara, Sonya, y Kate, y en caso de que alguien necesite atención médica.

Y Nina y su hermana y cuñado no están lejos.

Los dos humanos no saben todavía que van a morir esta noche.

Pronto.

Conozco al hombre que acompaña a Terrence.

Es un cabrón como él.

Se llama Donald, y yo debí de haber sido lo bastante lista como para reconocer su voz y acordarme de que el hombre solía trabajar en un banco antes de que lo echaran y acabara en prisión un tiempo por darle una paliza a una compañera de trabajo suya que se negó a salir con él e intentar violarla en el baño de empleados.

Otra escoria más suelta por el mundo para seguir aterrorizando a los demás.

Pero eso se va a acabar hoy.

Puedo oler la sangre en el aire, y sé que es de Terrence y que sus heridas todavía no han sanado del todo.

Caidan descubrió que los dos hombres habían acudido al hospital de la ciudad vecina diciendo que Terrence había tenido un accidente del que no quisieron hablar más, y que las heridas de mi ex eran graves, pero no mortales.

Le han amputado el antebrazo derecho.

Pero eso no es suficiente. No lo será nunca por todo lo que nos ha hecho.

Por todo lo que está tramando hacernos.

Suelto un gruñido de rabia dejando a la luz mis afilados colmillos cuando recuerdo el miedo que pasé tan solo hace unos días, cuando el director del colegio de Sonya me llamó para avisarme de que un hombre había llamado al centro diciendo que era el padre de mi hija y exigiendo que uno de sus profesores la llevara en coche a las afueras del valle para que él pudiera, en sus propias palabras, «llevársela a casa».

Hijo de perra.

Siento el espíritu de mi Compañero rozar suavemente el mío, y al Alfa macho de mi manada, Liam, tomar posición frente a la ventana de la pequeña cabaña en la que esas dos ratas se han escondido a las afueras del territorio de los Osos pardos.

Mala decisión. Pésima decisión.

Y van a aprender una lección definitiva esta noche.

Liam aúlla dando la señal y, una vez los dos hombres humanos, aterrorizados, ven su inmenso hocico y sus largos dientes a través de la ventana, empiezan a gritar como locos e intentan esconderse de su mirada.

Pero ello no les va a servir de mucho.

No hay puerta o ventana que pueda mantener fuera a un Lobo más grande que un coche y con una inteligencia más que humana.

La ventana se rompe con facilidad cuando Liam la empuja con una de sus enormes patas y cuele la cabeza por la abertura espantando a los humanos, cuya pequeña cabaña de planta abierta que ni siquiera tiene paredes o puertas interiores que separen el baño no es protección suficiente contra un Lobo furioso.

Los hombres, creyendo que Liam está solo y aterrados de ver cómo el inmenso Lobo trepa por la ventana y entra la mitad de su cuerpo en la casa con intenciones claras de acabar con ellos, corren hacia la puerta trasera y salen chillando de la casa como puercos.

Y allí los espero yo, lomo erizado y sangre aullando de rabia.

En cuanto me ve, la cara de Terrence se vuelve tan pálida como el papel y sus ojos se abren tanto del terror que parece que se le vayan a caer de las órbitas.

Y yo puedo oler fácilmente que se ha meado encima.

Es rápido, porque a pesar de la rabia y el desprecio que siento por el hombre no quiero alargar las cosas ni un minuto más.

Don un par de zancadas hacia delante saliendo de las sombras mientras él todavía me mira, inmóvil por el terror, y de un solo movimiento fluido abro mis mandíbulas y las cierro sobre su cuello, partiendo sus huesos con un horrendo crujido.

Muere casi instantáneamente y sé que es más agradable que lo que él tenía planeado hacernos a mí o a mi hija.

Su amigo muere en las fauces de Duncan poco después.

Yo miro el cadáver de mi ex, y no sé si el hecho de que solo sienta alivio me hace una mala persona o solo más humana de lo que cualquier Lobo será jamás, pero no me importa.

Por fin ha acabado todo.

Por fin mi hija y yo somos libres.

Aaron y Ewan, en forma humana, los entierran a ambos en una fosa profunda a un kilómetro de allí y, una vez el cuerpo de Terrence desaparece de mi vista y sé que la tierra lo mantendrá para siempre en su seno, el mundo parece un lugar más amable. Más libre. Menos oscuro.

Como si con su muerte un peso se hubiese levantado de él.

Mi caza ha concluido.

Y nuestra pesadilla también.

Puede que esto no sea justicia humana, pero es justicia de Loba. Es el maldito karma por fin respondiendo como debe.

Duncan acaricia su hocico contra el mío y yo me giro a mirar a mi Compañero. Sus ojos relucen como dos lunas plateadas en la oscuridad.

Es perfecto en cualquiera de sus formas.

Hay algo primordial y antiguo en sus ojos. Algo que sé que también se refleja en los míos.

Somos los hijos del bosque. De la luna. De las estrellas y el sol y los ciclos del mundo.

Esa noche, la manada aúlla a la luna en armonía y corremos, libres y salvajes, por montañas y ríos y bosques que parecen extenderse hasta el infinito.

Y siento que el bosque cobra vida a mi alrededor como si estuviese dándome la bienvenida de vuelta en su seno.

Bienvenida de vuelta a casa, hija mía. Parece murmurar el viento al mover las hojas.

Y yo nunca me he sentido más libre, ni más completa.

Estoy en casa.

Por fin.



Epílogo II

Pam

Seis meses después...

—¡Mamá, Kate y yo nos vamos a casa de la tía Natalie! —Oigo a mi hija exclamar mientras termino de vestirme. —¡Os veo luego a la tarde!

Al asomarme por la ventana, la veo reunirse con Kate en el camino de entrada y poner rumbo camino abajo a la casa de Ewan y Natalie, que está a unos veinte minutos andando.

Liam y Sheila nos ofrecieron vivir en la casa principal de la manada o en la cabaña de los abuelos, en la que Liam solía vivir, y que está dentro del territorio del Clan, pero a mí me encanta vivir aquí a pesar de que agradezco el gesto de mi nueva familia (es tan extraño pensar que he ganado una familia extensa de la noche a la mañana), y sé que a Sonya y a Duncan también.

Está muy cerca del territorio de los Osos y es colindante con el de los Lobos, así que es el lugar perfecto para nosotros. Y tiene mucha más privacidad que el tener una habitación en la casa principal.

Además le he cogido mucho apego a la casa. Tanto, que estoy pensando que la fantasía de comprarla puede que no sea tan descabellada.

He encontrado trabajo en una oficina de bomberos local como secretaria. La hermana de Nina trabaja allí como bombero y está cerca de la comisaría y de la escuela de Sonya y la verdad es que estoy a gusto allí.

Voy cuatro horas al día por las mañanas de lunes a viernes (aunque hoy, sábado, tengo que ir un rato porque anoche se me olvidó mandar unos papeles) y, aunque Duncan me ha asegurado que no necesito trabajar si no quiero y que sus ancestros invirtieron el dinero de tal forma que jamás tendremos que preocuparnos por él y que yo puedo disponer de él como me plazca, a mí no me sienta bien hacer que él pague por todo.

Hábitos, supongo.

Mi Compañero ronca suavemente a mis espaldas.

Su cuerpo ocupa casi toda la cama y su cabello rubio despeinado le cubre parte del rostro.

Cada día lo amo más. Ni siquiera sabía que eso era posible.

Suena el teléfono junto cuando estoy aplicándome algo de maquillaje y arreglándome el cabello.

Es un mensaje de Natalie avisándome de que Sonya y Kate ya han llegado y de que van a pasarse el día pintando en el jardín.

Las dos chicas le han cogido un cariño inmenso a su profesora de pintura, así que van algunos fines de semana a su casa para tener un «día creativo» como los llama Natalie.

A mí me hace feliz ver a mi hija libre por fin de todo rastro de miedo en su vida, viviendo cada día con una sonrisa propia de una niña y sin los ojos de una adulta triste e infeliz como ha sido durante demasiado tiempo.

Tanto Natalie como Sheila son mujeres excepcionales, y las tres, junto a Nina, solemos quedar de vez en cuando a charlar y tomar un café.

De hecho, mañana domingo hemos quedado en que vendrían aquí a casa a hacer eso mismo.

Sé que Sheila traerá a la preciosa Samara, que ya está mucho más despierta y más exigente y que a mí me parece una de las niñas más adorables del mundo, con sus mejillas redondas y rosadas y sus pequeñas manitas de dedos diminutos.

Me hace pensar que quizá yo algún día también quiera tener hijos. Aunque ahora no creo que sea el momento y con Sonya tenga más que suficiente.

—¿Seguro que tienes que ir?

Duncan está parado en la puerta del vestidor apoyado sobre el marco completamente desnudo, y a mí se me van los ojos inmediatamente hacia sus bíceps y pierdo el hilo de mis pensamientos.

—¿Qué? —Pregunto como una tonta, y él se ríe entre dientes con diversión y flexiona sus brazos.

El muy pícaro. Sabe muy bien lo que me hacen esos músculos suyos. Y lo peor (o lo mejor) de todo es que ni siquiera tiene que hacer ejercicio para mantenerlos. No como humano.

Con pasar unas cuantas horas en el bosque corriendo como Lobo le basta.

Al parecer, el Cambio quema muchas calorías y ejercita los músculos del cuerpo.

Quién me lo iba a decir. Hasta yo, que jamás he levantado una pesa en mi

vida, estoy empezando a tener abdominales.

—Solo serán unos minutos. Media hora como mucho. Y luego podemos ir a ese sitio que quieres enseñarme.

Duncan asiente. Sé que ha planeado algo especial. Una especie de picnic solo para nosotros dos en un lugar especial y mágico del bosque.

Y la verdad es que estoy excitada por ello.

No es que podamos llevar anillos si no queremos tener que estar acordándonos de quitárnoslos cada vez que Cambiemos (o desaparecerán envueltos en humo negro como lo hacen nuestras ropas pero, extrañamente, no el maquillaje, que se conserva perfecto para confusión de todo el mundo. A mí personalmente es un hecho que le alegra bastante, porque rehacer mi sombra de ojos cada vez sería un engorro), pero sé por Sheila y Natalie que, cuando te casas en una ceremonia parecida a la humana, los Lobos suelen tatuarse el nombre de su amado en alguna parte de su cuerpo, normalmente una de las muñecas o el pecho.

Yo ya he decidido dónde me voy a tatuar su nombre. Y si no me pide una ceremonia él lo haré yo.

Mi Lobo se inclina y deposita un beso en mi mejilla y yo suspiro mientras lo miro el culo a través del espejo antes de que desaparezca por la puerta y resiento el no tener tiempo para seducir a mi Compañero y convencerlo de que me empotere contra la pared del vestidor. Otra vez.

Por suerte, la casa está aislada acústicamente y tiene buenos soportes.

Es casi verano y el ambiente está empezando a cambiar.

Me recorre una oleada de excitación.

No puedo esperar para ver ese lugar tan especial del que Duncan ha hablado a veces, donde crecen las flores salvajes y los animales normales hacen sus vidas.

No puedo esperar para hacer el amor con mi Compañero rodeados y acunados por la vida del bosque y sentir su espíritu entrelazado con el mío una vez más.

Cuando me miro en el espejo, veo a una mujer con los ojos brillantes de alegría.

Sin miedo.

Sin tristezas tan profundas, llenas de impotencia y rabia, que hunden poco a poco su alma entre las sombras de la soledad y la paranoia y la congoja.

Veo a una Loba. A una hija del bosque.

Y no desearía ser nada más de lo que soy ahora:

Libre y feliz.



Sobre la autora

Marta Guinart, autora de *El renacer de Olivia Carter* y *LOBA*, entre otros, escribe sus novelas de romance paranormal y erótico bajo el seudónimo T. N. Hawke tanto en inglés como en español.

Otros libros que ha publicado son:

Paranormales y eróticos

- *LOBA (Saga Vengadoras I) de T. N. Hawke*
- *Romances Eróticos Paranormales Vol. I de T. N. Hawke*
- *SEIZE THE NIGHT by T. N. Hawke*
- *Reclamada por su Alfa (Los Lobos de Green Valley nº1) de T. N. Hawke.*
- *Seducida por su Lobo (Los Lobos de Green Valley nº2)*

Novela romántica contemporánea

- *El renacer de Olivia Carter de Marta Guinart*

Descubre más de esta autora en Amazon.

[amazon.com/author/tnhawke](https://www.amazon.com/author/tnhawke)

[amazon.com/author/martaguinart](https://www.amazon.com/author/martaguinart)

O dale a “**seguir**” en Amazon a su perfil para enterarte de las últimas novedades.

Encuétrala en Instagram

@tnhawke

@deco_hogar_esp

Lee más sobre los hermanos Wolf en Amazon y en Amazon Kindle Unlimited.

¡Gracias por leer!